

Cuentos de Circo



PINITO DEL ORO

CUENTOS DE CIRCO



Para el sector de
"Cuentos de Ciro"
Afectuosamente
J. V. del Oro
Julio Safford

PINITO DEL ORO

*CUENTOS
DE CIRCO*



INSTITUTO EDITORIAL REUS
CENTRO DE ENSEÑANZA Y PUBLICACIONES

PRECIADOS, 6 Y 23, Y PUERTA DEL SOL, 12

MADRID 1957



A MANERA DE PROLOGO

EL Circo está lleno de sentimientos secretos, íntimos, que hay que saber comprender y adivinar.

Lo más difícil en un artista es sentirlo vinculado a su propia alma.

Que se alborote nuestra sangre cuando, por cualquier circunstancia, estamos imposibilitados para trabajar, que se nos salga el alma del cuerpo cuando oímos su música tan peculiar. Que sintamos nervios y flojedad en las piernas cuando oímos los aplausos dirigidos a los que trabajan antes que

nosotros y, pensamos cómo nos recibirá el público cuando a su vez, estemos nosotros en la pista.

Ser artista, no depende sólo de lo que se hace, sino también de lo que se siente.

Si los artistas de circo mezcláramos nuestros sentimientos y problemas con el trabajo, sucumbiríamos continua y diariamente.

El Circo es un espectáculo tan rebosante de variedad, que no hay fibra que no se nos mueva al contemplar el desarrollo de su función. Reímos, se alteran nuestros nervios, nos palpita fuertemente el corazón, se nos cubren las manos de un sudor frío, nos sentimos románticos, tristes o alegres, tan pronto nos divierte como nos impone seriedad, pendiente toda nuestra atención ante un ejercicio extremadamente difícil.

La variedad que se nos ofrece hace imposible todo cansancio porque, en el Circo, el tiempo pasa raudo, nada se encuentra pesoso.

Siempre se ha creído que el Circo es un espectáculo para niños y a ellos los llevan, como si únicamente pudieran ser los interesados en recrearse en conjunción de trabajos que contemplarán. Es un espectáculo para todos, chicos y grandes, y, entre ellos, quienes más inteligencia y cultura guarde, más deleite encontrará en el Circo, porque, por encima de todo, sabrá comprender toda la intensidad del alma del Circo.

Hay que escarbar en la quizá vulgaridad de sus músicas, en lo carnavalesco de sus vestuarios, en la mezcla y disparidad de sus personajes, para sa-

ber encontrar toda la grandiosidad del alma del Circo.

Buscarla, encontrarla y comprenderla, y entonces el Circo se convertirá en un espectáculo soberbio.

Más soberbio todavía, cuando conozcan al artista que tiembla antes de lanzarse al espacio. Al clown que, sintiendo muchas veces una pena honda, hace reír. Al fracasado que, empujado por una fe grandiosa, empieza a triunfar y escuchar el dulce cascabeleo de los aplausos. Al viejo artista, retirado, que orgulloso sigue creyendo que «fué el mejor» y «no habrá otro igual». Al caballo cojo que, cuando oye una música, su música, estira las orejas y sale andando majestuoso, porque se siente artista, tragando un dolor que oculta porque está obligado a ello, y él adivina y siente el trascendental momento. Al león que aprecia a su amo, pero que tiene que enseñar, feroz, los dientes para que el público vea y presienta que, si le sigue molestando, se le comerá de un momento a otro. Al empleado que protesta siempre de su trabajo, pero que no se va nunca, y que, si alguna vez lo hace, vuelve diciendo que «echaba de menos las viejas lonas».

El Circo es amado por todos los que hemos vivido bajo él, sintiendo sus estremecimientos de vejez y gran espiritualidad.



HISTORIA DEL CIRCO MAS GRANDE DEL MUNDO A LARGOS RASGOS

EL principio lo leí en un libro viejo: *Historia de la vida de los hermanos Ringling*. Fué publicado en Chicago en 1900, treinta años antes de yo nacer, y quién iba a decir que yo conocería el final. Me fascinó su principio, que era así, aunque mi traducción no sea muy exacta: «Es una historia peculiar para escribir. Es cómo empezaron cinco muchachos sin un céntimo, creando el mayor circo y *ménagerie* del mundo. Los autores pueden escribir historias, pero sin decir nunca el nombre de los hermanos Ringling. Decir al mundo que su último capítulo es un suceso, es una gran frase envuelta en las seis letras que contiene la palabra «suceso». Suceso que significa para nosotros más, qui-

za, que ningún otro nombre en el vocabulario. En él está concentrado lo más alto de nuestras aspiraciones y el retrato más sonrosado que nuestra imaginación puede crear...»

Los cinco hermanos eran guapos, de facciones elegantes, aristocráticos e inteligentes.

Cuando eran niños aún, comenzaron formando tiendas de lona y haciendo ellos la parada disfrazados de payasos, tocaban música y bailaban, cobrando a un centavo la entrada. Después, al obtener el primer caballo y una cabra (animales imprescindibles en el típico retrato del circo primitivo), subieron el precio a cinco centavos.

En 1884 anunciaban la cuarta temporada.

Los cinco hermanos se llamaban, respectivamente y por orden de edad, Alfred, Otto, Alf, Charles y John.

En sus rostros, de piel pálida, llamaban la atención los cinco bigotes, anchos y negros.

Ellos fueron los creadores del Mayor Espectáculo sobre la Tierra.

Cuando yo llegué, en 1950, conocí todavía la grandiosidad que ha hecho famoso al circo en el mundo entero. La primera vez que entré en el Madison Sq. Garden de Nueva York, sentí ese frío en la espalda que produce el miedo. Sólo una fe muy grande en Dios y en mí misma, ayudaron a fortalecerme, autosugestionándome con la idea de que tenía que triunfar.

Allí, en aquel *debut*, me jugaba mi carrera artística, el bienestar de mi futuro y el orgullo del

nombre que mi padre creó para mí. Una nueva Pinquito del Oro nacía. No hablaba inglés, ni tenía dinero. Estaba perdida en la ciudad más cosmopolita del mundo. El principio es siempre lo más costoso para un artista y yo tenía que atravesar por él.

Después de mi primera actuación entré llorando a mi camarín. El público había pateado y silbado durante mi actuación. Aquello era una mala señal, pero el director, que me seguía, al verme llorar me pidió explicaciones, riéndose después de mis temores. Lo que yo creía mi fracaso era un triunfo. Mi número había sido un suceso.

Al día siguiente, la primera página del *New York Times* contenía mi fotografía. Mi carrera artística estaba asegurada, y me lo demostraba la prórroga que hacía al final de cada año para otro más y así siete.

El día 16 de julio de 1956 se anunció oficialmente el cierre del circo. Todo había terminado. Sólo unas palabras bastaron. Dijo: «Este circo pertenece al pasado». Fué el día que todos los artistas lloramos en silencio por una misma cosa.



EL PAYASITO

CUANDO un corazón se llena de dolor o alegría es muy difícil describir la evolución, los cambios bruscos y la resignación del sentimiento que producen tales latidos con palabras que no estén gastadas por el exceso de novelas y cartas amorosas.

No quiero describir demasiado lo que sentí, sino lo que me ocurrió.

Yo he trabajado infinidad de veces para hospitales y más o menos estoy acostumbrada a sonreír a un grupo de enfermos sentados o acostados en camas blancas, con las piernas colgadas en posición vertical o los brazos amarrados a tablas rectas o

viéndome a través de un espejo colocado horizontalmente sobre sus cabezas. Todo ello me inunda de profunda tristeza y una vez más doy gracias a Dios por haberme dejado disfrutar completamente de mis miembros y sentidos.

Hace poco, trabajando en el Polack Brother Circus, en colaboración con los Shines, en San Antonio (Texas), teníamos, como todas las tardes, un grupo de enfermitos en los asientos de enfrente, que los Shines reservan especialmente para ellos en las *matinéés*. Era Holliveen (especie de carnaval que se celebra a principios de noviembre) y todos los niños vestían alguna parte de disfraz como es por costumbre. Antes de salir me fijé en ellos, llamando principalmente mi atención un niño recostado en una cama, que contemplaba tristemente todo lo que ocurría a su alrededor. Llevaba una cinta con volantes blancos atada al cuello y un sombrerito de *clown* sobre su cabeza, que recostaba en la almohada. No parecía importarle el esfuerzo que la monjita hacía porque se fijara en el espectáculo. Cuando salí le sonreí solamente a él, pero no parecía darse cuenta, quizá por la posición alta de su cabeza. Ya en el trapecio podía verme perfectamente, puesto que yo estaba más alta, al nivel de su mirada. Desde arriba me fijé en sus ojos, grandes y oscuros, que brillaban con ese celo inocente del anormal.

Miles de pensamientos cruzaron por mí y cuando saludaba le miraba a él sólo, al payasito triste, deseando poder darle algo más que mis sonrisas.

Tanta pena me infundió aquella carita seria, que cuando bajé no pude por menos de acercarme a él y besarle la mejilla. Su brazo izquierdo se movió dificultosamente. Quería subirlo hasta mi cuello.

—How do you like the show? (Cómo te gusta la función) —le pregunté.

La monja que había detrás del asiento me hizo una seña llevándose una mano a la boca. Comprendí. El payasito tenía paralítico todo el cuerpo, salvo los ojos y, a medias, aquel bracito izquierdo.

Me alejé transida de dolor.

Después, en el pasillo que da entrada a los artistas, les conté el caso a los dos mejores payasos del circo con los que yo hablaba a menudo, ambos muy famosos.

Les señalé al niño. Entonces ellos, en cada una de sus actuaciones, se paraban ante el paralítico trabajando sólo para él, y yo creo que, por primera vez en su vida, el payasito triste sonrió de felicidad.



HISTORIA DE UN CAMELLO

TODO empezó un domingo, un domingo igual que otro, como un día cualquiera.

Parecía hecho para algo triste.

Aun la música alegre del circo empeoraba la pesadez del ambiente y así, sonaba lúgubre...

Unos gruñidos de animal desesperado que se unían a la música llamaron mi atención. En la cuadra estrecha y oscura, atada por el cuello a una valla, daba vueltas y más vueltas una camella enorme, que arrastraba, unido a su cuerpo aún, el cuerpo de un hijo cuya cabeza luchaba angustiada por asomarse a la vida. Su destino parecía querer atrasar la muerte.

Corrí a buscar a alguien que pudiera prestar alguna ayuda a aquellos animales, un veterinario, el

doctor. Había que salvar aquella vida pequeña: quién sabe si la madre peligraba también.

Me llegó la hora del trabajo y tuve que dejar desconsoladamente el caso. Al salir, sonreí con esa sonrisa automática que disimulamos a veces porque somos artistas, pero en mi pensamiento bailaba la cabeza de aquel camellito que deseaba nacer y vivir. Recordaba la inquietud de la madre desesperada, mirándome con sus ojos grandes, vidriosos por las lágrimas invisibles del dolor supremo.

No recé por mí aquella noche, sino que invoqué a San Francisco de Asís para que salvara dos de sus «criaturas».

Al terminar, lo primero que hice fué preguntar por los camellos.

Se luchaba todavía, porque no pudiendo acudir ningún veterinario, dos hombres, dos ganaderos casuales, habían acudido al anuncio que se hizo al público para prestar su conocimiento de ayudar a animales. (Recordé «La Nacencia» de Gabriel y Galán.)

¡Qué grande es Dios!...

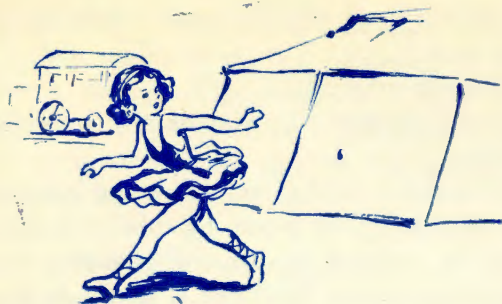
Minutos más tarde la buena nueva llegó a mi camarín y la alegría retozó en mi pecho. Ambos camellos, madre e hijo, vivían. Estaban salvados.

Hoy el camellito, que se iba a llamar «Pichi», ha muerto... Y miro el trapecio que me espera escuchando los lamentos angustiosos de protesta que una madre camella lanza, preguntando a un silencio oscuro dónde está su hijo, el cuerpecito caliente

y lanudo de su pequeño «Pichi» que se lo han quitado sin darle explicación y ella sigue sin comprender.

El mismo lamento largo y extraño, a la misma hora, cuando yo salgo a trabajar. Vuelvo a sonreír automáticamente, porque aquel quejido de animal herido me hiere a mí también.

Pienso en el animal y una lágrima tiembla en mis ojos. ¿La verá el público?...



¡ESA MUSICA!

RADA es un nombre muy común entre esa gente ambulante, calificacada como húngaros y que no nacieron en Hungría, hablando un idioma con algo de ruso, italiano y más de rumano, que ellos llaman rumaniaski.

Cuando la bautizan dice que la niña debe llamarse Christina, pero después olvidan ese nombre principesco y sólo se la conoce por Rada. Y Rada era la chiquilla del circo.

Un ruedo de lonas, dos hileras de tableros alrededor que servían de gradas al público que no se permitía el lujo de pagar una de aquellas sillas al lado de la pista, forrada con lona roja. La chiqui-

llería llamaba a aquello un circo y ellos se lo llegaron a creer.

Rada era la atracción.

Sólo tenía quince años y unos preciosos ojos color violeta.

A su número sacaba una cabra, un caballo pequeño, un perro y un mono. La cabra sólo se mantenía en un pedestal sumamente pequeño, juntando sus cuatro patitas. Estaba en el centro de la pista.

Rada bailaba alrededor de ella, agitando una pandereta en la mano izquierda, mientras con la derecha le daba golpes cuando no tenía otra cosa que hacer al ondear sus amplia falda de colorines.

El caballito tenía por obligación dar vueltas alrededor de la pista, manteniendo siempre la misma velocidad, y en sentido contrario corría el perro, llevando encima al mono sentado, que se agarraba fuertemente al collar, chillando, y ladraba el perro. Todo era un laberinto de ruidos, vueltas y colores.

Más que un número de circo parecía aquello una rueda de caballitos de esos que se ven en la feria.

A los chiquillos les encantaba esa parte del programa, y sólo aclamaban a Rada y sus animales cuando iban a ver la función.

La orquesta la componían tres músicos: un bombo, unos platillos y una trompeta. Era una música ensordecedora que aturdía a la bailarina.

Rada, enrojecida por la agitación y la chillería, se agitaba enroscando su cuerpo, haciendo temblar la pandereta sobre su cabeza, que dejaba caer ha-

cia atrás como doblada por el peso del cabello que caía sujeto en parte por un pañuelo rojo de seda.

Movía sin ritmo las estrechas caderas y apenas conseguía hacer palpitar los pequeños pechos apretados en un minúsculo corpiño que dejaba al descubierto el estómago.

Al terminar el acto ella sudaba, mirando con ojos cargados de odio a los ruidosos músicos que la hacían agitar tanto.

Cuando entraba al único camarín que había, donde se vestían todos y dormían los animales, le decía al padre gritando:

— ¡Esa música, esa terrible música, me está matando! Por esa música odio esta choza de trapos y tablas. ¿Es que siempre tienen que hacer tanto ruido?

Su padre la miraba cariñoso mientras ataba a los animales.

— ¿Qué sería de ti Rada, si no tuvieras música? ¿Acaso podrías bailar sin ella? Tu madre decía lo que tú y cuando la oía, enrojecida toda la cara, se deshacía el moño y, estuviera donde fuese, comenzaba a bailar. Era como si sus piernas sólo pudieran moverse al compás de ese ruido que tanto odias. (Dió un suspiro). La música nos acompaña en este mundo desde que nacemos. Anda, Rada, sal y vuelve a bailar, que los chicos quieren verte y ellos vienen al circo y hacen que tengamos para comer.

Y Rada bailaba de nuevo, esta vez sola, y daba más vueltas y tenía que mover más rápidamente

las caderas, haciendo que los chiquillos le gritaran entusiasmados :

—Más de prisa, Rada ; levanta las faldas y enseñanos las piernas.

La música corría más y la pobre niña ya no bailaba : aquello era una agitación loca, desenfrenada.

Rada se sentía terriblemente cansada y aspiraba a una tranquilidad plena del cuerpo y del espíritu.

Cuando terminaba la función por la noche, y mientras el padre, los tres músicos y el resto de la compañía desmontaban aquel ruedo sujeto por trozos de cuerdas y clavos, ella se sentaba tras de los carros donde vivían y viajaban, contemplando la luna y las estrellas, dejando que su imaginación divagara por caminos desconocidos para ella.

A veces, cuando veía la luz en las ventanas de la casa, ella trataba de mirar al interior, pensando cómo vivirían aquellas gentes, preguntándose a sí misma :

—Ellos no tienen que bailar para los chiquillos, ni oír esa asquerosa música que me descompone haciéndome sudar. Ya habrán cenado y hablado ; después todos dormirán tranquilos sin tener que azotar las mulas que los arrastran y sobresaltarse cuando la rueda de un carro se mete en un bache. ¡Cómo me gustaría vivir así, pasarme la vida entera en el mismo sitio y no tener que enseñar el estómago ni las piernas !

Y Rada seguía soñando, mirando fijamente la

luna, hasta que la voz del padre la despertaba del sopor en que los sueños la absorbían.

—Rada, no es tiempo para contemplar el cielo. Ata las mulas al carro y fustígalas. Hay que salir de aquí cuanto antes. El pueblo al que vamos está lejos y no quisiera perder más de dos días. Anda, hija, que en el camino tienes que ver las estrellas.

Y Rada, perezosamente, se levantaba, pero una vez en movimiento dejaba de soñar, marchando al unísono de los demás. Se convertía en una fiercilla ambiciosa que quisiera dominar a las otras fieras.

Ella ataba las dos mulas al carro, cerraba la puerta de atrás, llenaba los sacos de paja para que los animales tuvieran que comer durante el camino, les daba agua de beber, preguntaba a los demás si estaban listos, y cuando la respuesta era afirmativa daba un salto al asiento y cogía las bridas, gritando fuertemente para que las mulas se pusieran en marcha. Su carro era el primero.

El padre, sentado a su lado, abrigaba al mono con una manta vieja que dejaba después en un cajón con paja.

Solía ser tarde en la noche cuando abandonaban el pueblo, pero todavía quedaban andando tras ellos algunos chiquillos que les acompañaban hasta la carretera para después gritarles, haciendo bocina con las manos:

—¡Adiós, Rada! Hasta el año que viene, que iremos al circo a verte.

Y ella decía adiós. Su voz sonaba dulce y lejana en medio de la noche estrellada y fresca.

Los carros andaban lentamente y a veces había que parar para apretar las ruedas, que parecía se iban a deshacer de un momento a otro con los movimientos. Los faroles que alumbraban el camino se movían constantemente, siendo incierta su luz, y cuando la luna se ocultaba tenían que parar a un lado de la carretera y pasar el resto de la noche, hasta muy temprano en la mañana, que reanudaban el viaje.

El padre de Rada nunca dormía cuando acampaban en un lugar desierto. Acostumbraba hacer un gran fuego, ponía café y pasaba la noche a su lado contemplando las llamas. A veces le acompañaba algún otro.

Cuando rompía el día y empezaba a despertar a los demás se encontraban una taza de café caliente que los animaba.

Los animales recibían su pienso y poníanse en marcha otra vez.

Rada llevaba la cabra y el perro atados a su carro, y el caballito que tomaba parte en su número arrastraba un carro pequeño, donde iban los niños dormidos arropados hasta la cabeza.

Algunas veces Rada cantaba en voz baja y su padre se entristecía hablándole de su madre y lloraba, sonándose la nariz con un pañuelo verde.

Rada dejaba de cantar, el padre ya no lloraba y fustigaba a los animales para que anduvieran más de prisa.

Se hablaban de un carro a otro, y a veces andaban para hablarse mejor.

Rada gustaba saltar a la carretera; dando las riendas al padre, soltaba el perro y la cabra, que corrían tras de ella. Al verla, el resto de la *troupe*, exceptuando los que llevaban las riendas, también saltaban, imitándola, y corrían hablando y riendo.

Los pequeños cortaban flores del campo para dárselas a Rada. En verano cogían frutas y Rada disfrutaba.

En la compañía todos querían enormemente a la muchacha del circo, y a pesar de ser tan joven, cuando tenían que hacer algo consultaban con ella y cuando ella daba una orden no había quien la desobedeciera.

Siempre esperaban la noche para entrar en los pueblos. Creían que si en un lugar desierto veían aparecer un circo una mañana, causaba mejor impresión en el público.

Rada era tan bonita y simpática que en seguida se rodeaba de una corte de admiradores y la llamaban como si la conocieran de siempre. A pesar de las alabanzas y la admiración general que despertaba en las gentes Rada no era feliz. Estaba ansiosa de paz. Una paz absoluta, donde relajar los miembros y los sentidos. Estaba aturdida por el desenfreno de aquella vida.

Con su poca experiencia, imaginaba que la vida fuera del circo era en todas partes tranquila, llena de sosiego y compatibilidad. Pensaba que en las demás familias todos se querrían y respetarían y

todos los hogares estarían llenos de amor fraternal y un desinterés sin límites.

En verdad, Rada no tenía experiencia de la vida.

Cuando pasaban una noche en el pueblo, que al siguiente día no tuvieran que mover, gustaba de ir sola a pasear por las calles desiertas; la encantaba ver una ventana abierta si se escapaba luz del interior. Tenía un mágico atractivo esa luz para ella y divagaba pensando en cuántas cosas dulces podría estar disfrutando en su interior debajo de aquella luz rosada y tibia. Si en el pueblo había mar, le gustaba sentarse cerca y sola y contemplar el agua. Muchas veces se había bañado completamente desnuda, sintiendo placer cuando el agua, inquieta y fría, le acariciaba el cuerpo.

Volvió tarde al carro y su padre al verla suspiraba fuertemente y lloraba, haciendo ruido al limpiarse la nariz con su enorme pañuelo de seda verde.

* * *

— ¡Esa música odiosa!

— ¡Que baile Rada!

— Sal, hija, que el público te llama.

— Que pare ese tambor y deje de tocar la trompeta.

— Levanta las faldas, Rada, que queremos ver tus hermosas piernas.

— Los chiquillos nos traen la comida; si ellos te quieren ver, báilales.

—Que no toquen tan de prisa, esa música me enloquece.

Otra vez el sudor perlaba su frente estrecha y bronceada. Otra vez tenía que mover las infantiles caderas y hacer ondear las grandes faldas de tejido barato y sacar el pecho para que vieran que existía bajo el apretado corpiño.

Así se deslizaba la vida en una y otra ciudad. Llegó a los diecisiete años y estaba hastiada de todo. Ni los paseos nocturnos a la luz de las estrellas sosegaban su alma agitada, ni sentía placer cuando el agua del mar acariciaba su piel morena. Ella sólo quería paz. Una absoluta paz en la vida era todo lo que deseaba ella.

Viajaron otra vez arrastrando los carros. Rada no saltaba ya a la carretera. Todas las carreteras eran iguales.

Una nueva ciudad. Aquí hay un mar hermoso y más chiquillos que en ninguna. Se hará un buen negocio. Los niños la querían; nunca comprendió por qué, como tampoco comprendía por qué en algunos sitios abundaban más que en otros. Se reía pensando por qué.

Esta ciudad era grande. Tenía muchas casas altas y calles estrechas. Era algo triste. Rada bailó y todos los chiquillos quedaron prisioneros en sus encantos, considerándose amigos suyos desde el primer momento. La segunda noche Rada bailó tres veces. Las tres veces sudó copiosamente y el pelo se le adhería a las sienes y las faldas a los muslos. No podía más... Esa música la había matado.

Al entrar por la noche el padre al carro para acostar al mono, vió que Rada no estaba. Se sentó en la puerta y la esperó como hacía siempre, para luego llorar y limpiarse la nariz ruidosamente.

Se fué la última estrella y apareció el sol. Primero sigilosamente rojo; después se fué el rubor, destacándose con toda su impotencia. Rada no había vuelto. Salió a la calle y la llamó, Fué al mar y tampoco estaba. ¿Se la habría tragado el agua? Volvió a recorrer las calles estrechas y largas. Rada no estaba en ninguna parte. Retornó al circo.

La compañía entera lloró en medio de la pista e hicieron que los cuatro animales que pertenecían al número de ella dieran vueltas, y así la recordaban mejor y lloraban más.

Desarmaron el circo esa noche, porque no estando Rada, ¿quién iba a venir? Sabiendo que ella no bailarí la ruina era segura.

Cuando su padre subió al carro llorando aún y cogió las riendas, vió por primera vez, con el último rayo de luz que moría, la negra sombra de un edificio que se destacaba en el cielo. Sobre la sombra había una cruz.

Comenzaba a aparecer la luz amarilla por alguna ventana. Los chicos del pueblo rodeaban el carro, y el viejo preguntó qué era aquello.

—Un convento —exclamaron tres voces al mismo tiempo.

—Un convento —dijo el viejo—, pues ahí está Rada.

Los chicos unieron su lamento al padre lloroso.

—Si Rada está ahí no sale más.

—¿Y no va a bailar más en el circo?

—¡Pobre Rada! —murmuró el padre sin dar contestación a aquella pregunta infantil, y continuó hablando consigo mismo:

—Ella quería tranquilidad porque esa música endemoniada la estaba volviendo loca. Aquí ya no hay nada que hacer, porque ella fué únicamente la que lo quiso y yo ya nada puedo contra su voluntad. Aquella voluntad de hierro que la dejó por herencia su madre.

—¡Adiós, hija mía! ¿Qué será de este viejo y del circo sin ti? Todos estaremos tristes y no podremos divertir a la gente y ellos no vendrán al circo y nosotros no comeremos.

Y un denso torrente de lágrimas rodaba por sus mejillas flacas y todos los compañeros lloraban con él amargamente, y los chiquillos del pueblo también lloraron, diciendo que Rada moriría de tristeza allí dentro, que ella no podría vivir sin el circo.

Salieron del pueblo y a lo lejos, allá en la carretera, aún distinguieron la mancha de la torre, allá, bajo las nubes. Nadie se bajó. Durante el camino no saltaron los niños a coger flores. El padre de Rada tenía los ojos hinchados de llorar e iba pensando que él tendría que vestirse de payaso y salir a presentar el número acompañado por aquella estrepitosa música que su hija había odiado tanto.

Miraba las estrellas tantas veces como tuviera que viajar y les preguntaba ansiosamente cuáles

eran los motivos que Rada tenía para estar triste y por qué era a ellas a quien se dirigía y no a su padre que la había querido tanto desde pequeña y nunca la había dejado hacer nada aparte de su número.

— ¡Si hasta la hacía el café por la mañana y así ella no tenía que levantarse temprano! ¿No era yo quien le cuidaba los animales? Y cuando había una buena entrada, ¿no salía al otro día a comprarle pañuelos de seda para la cabeza y delantales con lunares que tanto le gustaban? ¡Oh, Rada, qué se habrá hecho de ti! ¿Por qué no me constaste tus penas? Quizá yo te hubiera podido ayudar y quién sabe si casándote se te hubiese pasado todo, y ya sabes que tenía buscado unos maridos de nuestra raza para que escogieras entre ellos. ¿Qué te ocurriría, chiquilla loca, Rada, si fuiste una reina entre nosotros...?

Así se hablaba solo el viejo andando por los caminos de noches desiertas.

Pasaban días y semanas y así, los primeros meses, y ya hacía tres, que Rada, la chiquilla del circo había desaparecido, cuando el padre recibió la visita de una joven que había salido del convento y le habló de Rada.

— ¿La muchacha de los ojos violeta y la cintura fina que se muere de tristeza allá dentro y por la noche mira las estrellas por la reja de la ventana?

Sí, aquella que miraba a las estrellas sería su hija. Su Rada querida, que aún ansiaba paz y contaba a los astros sus penas y esperanzas.

Más tiempo pasó y volvió a saber que Rada se consumía y que eran dos cuencas oscuras sus ojos violeta, y sus pechos, aquellos tan pequeños que le hubiese gustado mover, habían desaparecido. Allí se trabajaba duro y ella tenía que sacar agua del pozo con sus propios esfuerzos.

No encontró la paz tampoco y añoró ser libre para soñar, porque allí no se podía soñar.

No era tan tibia la luz amarillenta que salía por las ventanas. No encontró la comprensión que necesitaba ni la fraternidad que creía. Añoró oír la música. Aquella música que odió tanto. ¡Cómo bailarían haciendo levantar las faldas si la volviera a oír otra vez y qué le importaba si sudaba y el pelo se le pegaba a la sien!

Era agradable oírse llamar por los chiquillos, tan deseosos de verla.

— ¡Que baile Rada otra vez, que salga Rada!

Aquellos niños ya no los oiría más.

Se pudriría allí. Las estrellas no la contestaban.

El padre lloró al oír hablar nuevamente de su hija y maldijo aquella ciudad oscura de calles estrechas y largas. Maldijo la hora en que pensó ir allí, pero se prometió ir nuevamente y torció la ruta para acercarse a la ciudad que le había robado su hija. La ciudad cuyo cielo tenía mancha oscura.

Hacía un año exactamente que Rada había desaparecido cuando llegaron allí.

La gente joven seguía recordando a la muchacha del circo y desearon volverla a ver bailar.

Las monjas de aquel convento salían algunas

veces a entregar trabajos que allí hacían, como bordados y otras clases de labores que completaban la dote de jóvenes casaderas. Rada había salido algunas veces como premio a su obediencia y docilidad, acompañada siempre por otra muchacha de la casa como ella y otra monja.

Nadie la había conocido porque era toda diferente, con su uniforme azul oscuro, largo hasta los pies. Solía bajar la mirada y sus ojos tan hermosos no pudieron ser reconocidos.

Cuando volvían de entregar las mercancías tenían que pasar forzosamente por el solar donde se acostumbraba instalar el circo y era allí donde únicamente se levantaban sus ojos y se posaban ardentemente en aquel terreno sucio, donde todavía quedaría alguna partícula de aquel circo donde ella había nacido.

Aquella minúscula procesión la hería y avergonzaba tanto como cargar con la enorme cesta de mimbre donde llevaban los encargos. Se doblaba su cuerpo enflaquecido por el peso y esperaba caer a cada paso para morir.

Por la noche, en su cama, se deshacía en un llanto silencioso que trataba de ahogar en su garganta. Mil planes de fuga pasaron por su imaginación y los mil se esfumaban. Se vió perdida para siempre. ¿A quién llamar? ¿A quién acudir...? Esperaba un milagro como el que sucedió para arrancarla del sitio donde había pasado toda su vida, criada entre los mimos de la familia y la compañía que la quería con exceso. Hasta la música que

la enfadaba quería escucharla ahora allí, entre aquellas paredes frías y blancas. Allí deseaba que estuviesen ellos. El del trombón que tanto ruido hacía, la trompeta que sonaba como si estuviese tupida y aquellos endiablados platillos que podían con todos los demás ruidos del circo.

Todo deseaba tenerlo allí en aquel mismo momento, a media noche, y decirles:

Esta es la vida, ruido, color, sudores y vueltas. Despertaros, que vivís dentro de un sueño. Levantaros e id a ver la luz y tomad el aire limpio de la calle. Bañaros desnudas en el mar y no añoréis otro placer.

Rada sentía deseos de chillar. Chillar fuertemente, despertar a todos, después infundirles su coraje e incitarles para que bailaran como ella y bajar las escaleras de mármol dando saltos y correr sobre las mesas largas del refectorio; después recorrer los pasillos, hasta dejar empapado aquel frío sueño, que brillaban como un espejo a fuerza de tanto lavarlos ella, Rada, a quien el padre nunca había dejado hacer nada, aquel suelo por el cual daba miedo andar por no mancharlo.

Rada sentíase febril y se mordió las manos; no podía más. Saltó del lecho y así, despeinada, con larga camisa blanca cubriéndole los pies en medio del salón, parecía un fantasma. Sintió miedo de ella misma, temía volverse loca y sentía que se le acababa la respiración.

No pudo soportarlo; se cubrió el rostro con las manos crispadas y chilló tan fuertemente que el

eco repercutió en todo el edificio. Inmediatamente aparecieron varias monjas y las chicas, que se levantaron asustadas.

Rada lloraba amargamente y con el rostro tapado parecía ahogarse, tan fuerte era el golpe de sus sollozos, y a tal aglomeración de preguntas exclamó:

—Sentí unos enormes deseos de chillar y lo hice. Soñaba que se quemaba el circo.

Rada fué castigada, aunque comprendida.

Dos meses más tarde, Rada con otra chica de casa y dos monjas tuvieron que salir a entregar unos bordados.

Poco después de salir del convento notó la presencia de unos muchachos que la seguían a corta distancia, y antes de entrar en la casa donde se dirigían uno de ellos exclamó maliciosamente:

—¡Vamos al circo de los húngaros!

El corazón de Rada dió un salto, sintiendo un frío dulzón que le bajaba por la espina dorsal.

Tan pronto oyó aquello y como las dos monjas habían entrado ya en la casa, la muchacha del circo se sujetó la falda con las manos y comenzó a correr velozmente.

Le temblaban las piernas a la pobre niña. Sentía miedo de ir y no encontrarse con el circo y que todo fuera parte de su locura.

Sintió cómo la llamaban las monjas y cómo todas corrían tras de ella. Rada, pensando en todo, corría como recordaba no había corrido nunca y

aleteaba con sus brazos para que no la sujetara nadie, porque las chicas de casa gritaban :

— ¡Sujetadla, que está loca, sujetadla!

Pero Rada corría tanto que nadie se atrevía.

Fueron varias las calles que tuvo que atravesar. Ya comenzaba a faltarle el aliento y sacaba fuerzas del alma, porque el pobre cuerpo lo tenía tan cansado que no era posible. A sí misma infundíase aliento, gritándose en voz alta :

— ¡Corre, Rada, que ya falta poco! ¡Corre, Rada, que te cogen y no vuelves a ver el circo y esta vez es tu última ocasión!

Cuando vió el ruedo levantado en el mismo solar que hacía un año, sus piernas adquirieron nuevos bríos y dió gracias a Dios porque, como tantísimas veces, la puerta del circo estaba abierta.

Los compañeros y el mismo padre que rastillaban la pista no la conocieron envuelta en aquellas telas oscuras, pero supieron que era ella cuando oyeron un grito y su voz que decía :

— Cerrad las puertas y no dejad entrar a nadie; que venga una para que me ayude. Y a medida que iba entrando en el camarín se desprendía de la ropa que las otras mujeres iban cogiendo. El padre lloraba y corría a todos lados sin saber a quién sujetar, porque en su desesperación creía que había que sujetar a alguien. Alguien que no entorpeciera a su hija. Su querida Rada que había vuelto. Un músico cerró las puertas.

Las hijas de casa que habían llegado, golpearon las puertas para que abrieran.

— ¡Abrid la puerta, que se ha escondido una loca aquí; porque no puede ser más que una loca y desagradecida!...

A tanto alboroto acudieron los chiquillos del barrio y todo el que pasaba se iba quedando allí.

Rada encontró todas sus cosas en el mismo sitio que antes. Como si nunca hubiese faltado de allí.

Más que desabrocharse se rasgaba el amplio vestido negro, que iba cayendo a sus pies. Rada quedó lista al tiempo que se abría la puerta, porque eran dos guardias los que los habían requerido.

No habían hecho más que entrar, seguidos por las monjas e hijas de casa y demás gentes que se habían ido aglomerando.

Rada apareció en medio de la pista. Llevaba la falda de vivos colores, que quería resbalársele por las estrechas caderas; el corpiño que cubría el pecho infantil, dejando al descubierto el estómago; su pelo, destrenzado a prisa, le caía sobre la cara sudorosa, porque el pañuelo rojo de seda no lo sujetaba lo suficientemente fuerte. Rada se había pintado la boca de un rojo vivo y su sonrisa tenía algo de siniestro al preguntar de mal humor:

—¿A quién buscan ustedes? No es este lugar para policías, puesto que no se ha hecho nada deshonroso.

Diciendo esto se subió las faldas hasta la rodilla como si tuviera calor, continuando:

—Lo mejor es que se vayan, porque tenemos que arreglar el circo para la función de la tarde. Si ustedes quieren venir, ya saben.

Concluyó guiñándole un ojo al guardia, que, halagado, preguntó a las monjas:

—¿A quién buscan ustedes? Yo no veo a nadie que sea propio de vivir en un convento. ¿Es esa muchacha?

Señalaron a Rada; ella sonrió.

—No; o sea, no lo sabemos; creemos que sí, pero...

Las monjas no daban certeza de lo que estaban viendo.

—Era una hija de casa que se nos escapó y se metió en el circo. Esa tiene la misma cara, pero...

Rada dió unos pasos hacia ellos, poniéndose las manos en las caderas a modo de jarra y la falda recogida quedó más alta todavía, dejando al descubierto parte del muslo.

—¿Ustedes creen que yo podría estar en un convento? Rió fuertemente y continuó:

—¿Acaso tengo tipo de monja?

El padre la miraba desde un rincón y temblaba todo su cuerpo. Sus ojos, repletos de lágrimas, no eran suficientes para creer lo que estaban viendo.

Los guardias echaron al público que había entrado y lo siguieron ellos sin preocuparse más del asunto.

Las monjas se hacían la señal de la cruz en un ademán de incredulidad, y al verse solas entre aquellas gentes del circo consultáronse entre ellas y se fueron, exclamando:

—¿Qué dirá la madre superiora? ¡Cómo nos

van a reñir! Dirán que tuvimos la culpa y hemos perdido una hija de la casa. ¡Oh, señor...!

Rada soltaba alegres carcajadas, que se fueron transformando en histéricos sollozos. Abrazó a todos y todos lloraron con ella. Los animales la conocieron y esa misma tarde hizo su número y bailó para los chiquillos que habían acudido a montones para ver a Rada, la muchacha que se había escapado del convento para bailar en el circo.

Ella agitó las faldas más que nunca y sus vueltas eran más rápidas, porque la música corría demasiado.

— ¡Esa odiosa música que toque más fuerte y de prisa! Quiero sudar y cansarme. Que suene ese bombo. ¿Qué ocurre con la trompeta que no la oigo?

Y su cuerpo, tan flaco y moreno, se doblaba y erguía procurando adelantar los diminutos pechos; tratando de mover las caderas estrechas; su pelo colgaba en la espalda y parecía la bandera del triunfo que ondeara en el aire.

Rada había conseguido todo lo que quería. Había vuelto al circo después de comprender que su vida estaba ligada a aquellas lonas y a aquellos carros. Que la luz rosada que se escapaba por las ventanas pertenecía a otras gentes de otras clases de felicidad.

Las lágrimas caían por sus mejillas. Ahora dábale cuenta que la música no era tan odiosa. Pasóse las manos por los cabellos, arrancando el pañuelo que le colgaba. Estaba en la pista, piruetean-

do sobre las puntas de sus pies; su falda se ondeaba con el aire de su propio impulso y ya sudaba y gritaba:

— ¡Esa música que toque más fuerte, que me faltan bríos! ¡Que suene más rápida esa maldita música!

Y los músicos se agotaban y se le hinchaban las venas de la cara al de la trompeta, se le hacían llagas en las manos al de los platillos y los chiquillos, que sentados en la grada veían la función, se enardecían de placer y gritaban:

— Baila más de prisa, Rada, y enséñanos las piernas como antes.

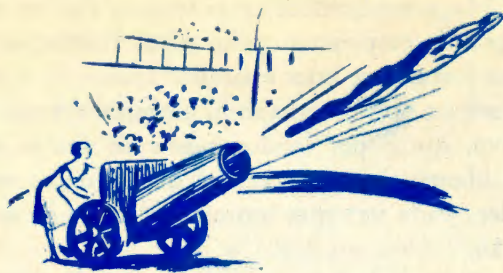
— No termines nunca, Rada, que sólo queremos verte a ti.

— Sube los brazos y toca la pandereta.

— ¡Bravo, Rada!

Y así, Rada, en un laberinto de ruidos, vueltas y colores, se agitaba y sudaba hasta pegársele el pelo a la sien, exclamando de vez en cuando:

— ¡Esa odiosa música que toque más de prisa...!



EL HOMBRE CAÑON

CONOCÍ a Hugo cuando estaba en todo el apogeo de su vida artística. Hicimos una amistad grande y sincera. Después le volví a ver cuando estaba cumpliendo con un ventajoso contrato en el Olimpia de Londres...

Cuando hablamos esa noche en un café del Soho me mostró otro contrato firmado ya para el circo más grande del mundo en América. El precio era fabuloso.

Me despedí de él deseándole toda clase de ventura y aconsejándole que aprovechara la racha de buena suerte y tratara de ahorrar lo más posible para cuando se presentaran los «siete años flacos» que los artistas tenemos tan a menudo.

Era Hugo un hombre corpulento y fuerte, de cabeza grande con escaso pelo claro, frente ancha y morena y contaría unos cuarenta años.

Sin ser un hombre guapo ni elegante era un tanto atractivo, quizá por la dimensión de sus manos o por la blancura de sus dientes que relucían en doble hilera cada vez que sonreía, «dientes de sonrisa italiana».

Hugo era italiano, pero su carrera le llevó por todos los ámbitos del mundo. Hablaba varios idiomas, casi todos bien, y era inteligente.

Tolerante y bondadoso tanto como desinteresado, si bien un poco distraído. Gustaba vestir de *sport*, no pareciendo interesarse gran cosa por su aspecto. Me encantaba su conversación porque era amena, aunque abusaba del lenguaje de los libros, usando palabras resonantes como si quisiera demostrar que había leído.

Yo pensaba a menudo que era el marido ideal para cualquier mujer que no fuese artista.

Cuando le dije adiós aquella noche en Londres, sabía que quizá no le volvería a ver nunca más.

La niebla nos envolvía en una esquina de la calle Picadilly Circus. Cuando me estrechó la mano me la cubrió con la suya fuerte y caliente. Temí que me rompiera los dedos, tan efusivo fué el apretón.

—Hugo, ya sabes lo que te quisiera decir; no olvides que algún día el cañón se pondrá viejo y no tendrá fuerza para lanzarse al espacio. Ahorra ese dinero que ganas tan fácilmente ahora... Sé generoso, pero sólo contigo mismo, y prométeme que

te cuidarás. No te pido que escribas, porque sé que no lo vas a hacer; tú nunca has estado muy sujeto a esa clase de requisitos que son a veces requeridos por amigos y familiares... pero sé cómo deberían ser los hombres buenos.

Me abrazó con calor familiar, apretándome la cabeza contra su pecho.

—Me aconsejas como si fuera un niño y podría ser tu padre. Tú ten cuidado también y mucha suerte *bambina* (siempre me llamaba así cuando estaba cariñoso).

—*Arrivederci...*

Cuando me volví, al minuto de haberme despedido, aún distinguía en medio de la niebla sus anchos hombros de artista envueltos en la gabardina clara; me mantuve de pie y no tuve que esperar mucho hasta verlo desaparecer, porque andaba a grandes zancadas.

Temí siempre por su destino. Hugo se fiaba de todo el mundo, poniendo al servicio de los demás lo que tenía, sin escrúpulos de ninguna clase. Regalaba y prestaba al que se lo pidiera. Sospeché que su vida no terminaría bien del todo, y desde el fondo de mi corazón le compadecía porque era bueno y, sobre todo, un gran artista. La vida del circo, en el continuo deambular, me alejó de él una vez más; pero como es una marea de repetición, cuatro años más tarde fuí a América y me encontré con Hugo, por casualidad, en la feria de Vancouver, colonia británica del Canadá.

Hugo había envejecido un tanto y su pelo ralo

presentaba tonalidades cenicientas. La primera vez que le vi, fué tan brutal la sorpresa que caí en sus brazos llorando. Iba como siempre, vestido de *sport* y seguido del fiel criado alemán, servidor como un perro y tan unido a Hugo como el mismo cañón.

Sonrió como acostumbraba, pareciendo el hombre más feliz del mundo.

— ¡Mi cara *bambina!*

Sus palabras siempre enternecían mi corazón. Me llevó del brazo a la feria, despidiendo a su criado, que nos seguía. Nos sentamos en un banco del parque para hablar anchamente de lo que habíamos vivido últimamente.

La gente pasaba con andar tranquilo y nosotros les mirábamos alternativamente. Hablé yo primero, contándole lo que había sido mi vida desde aquel tiempo en que me despedí de él en Londres.

Cuando yo terminé él hizo una pausa; después me puso una mano en la rodilla y dijo:

— Tienes más suerte que yo.

Otro pequeño intervalo. Yo proseguí:

— ¿Sabes? Cuando me despedí de ti en Londres creí que no nos veríamos más; tú te ibas tan lejos y yo..., pues Europa y el mar queda entre nosotros.

Se rió.

— América me sorprendió — exclamó él con aquel fuerte acento italiano que agradaba.

— Ya sabes que estuve aquí algunos años, hace tiempo ya, y creía que todo era igual, pero no era así. El dinero no resulta tan valioso y la vida y ese enorme circo han cambiado. Ahora familias en-

teras hacen el cañón; aquí se copian unos a otros como si hicieran la guerra. Dentro de poco verás muchachas tratando de imitarte a ti.

Levanté un hombro indiferentemente, como si me diera lo mismo. El sonrió con picardía y cariño.

—A ti no podría imitarte nadie. Bueno, pues mi número ya no causa la sensación que hace diez años. El público quiere ver más gente salir del cañón y lo he pensado bien; creo que si encontrara otro que me acompañara sería ideal y una mujer mejor todavía.

—¿No habrás pensado en mí, verdad? —dije espontánea—. Me acarició una mano.

—Tú no estarás mejor en ningún sitio que donde estás. Pensaba en otra muchacha, en cualquiera que tuviera el valor de subir conmigo y salir lanzada delante de mí. Lo he estudiado bien. He hecho los planos de la nueva mecanización que necesitaría el cañón y creo además que es lo único que me queda por hacer si quiero seguir comiendo. El gran circo me prometió «un largo tiempo» —ya sabes cómo hablan— y sólo he estado dos años. En esos dos años reformé el aparato, le presté a un amigo para un negocio que le falló y ahora heme aquí, en esta feria, lanzándome por encima de tres norias gigantescas dos veces al día y sin demasiadas esperanzas de un porvenir brillante a no ser que la «encuentre».

Me dejó pasmada.

—¡Oh, Hugo, Hugo!, siempre sospeché que algo así te iba a ocurrir.

—No, querida, ahora no me refiero al dinero. Si sólo encontrara quien quisiera trabajar conmigo, creo que empezaría con tanto brío como la primera vez que trabajé aquí.

—¿Quieres que hable con alguna chica del *ballet*? En el circo hay muchas.

—No; no creo que tenga ninguna las aptitudes necesarias.

Esa noche, cuando terminé mi número en el edificio donde trabajaba, oí la voz de Hugo que me llamaba desde afuera.

—Corre, vístete pronto y ven conmigo. La he descubierto. He dado con la que buscaba; arréglate de prisa y veremos la última función.

El entusiasmo adivinado a través de la voz palpitante de Hugo, que me hablaba desde fuera, obligó a apresurarme. No vi manera de deshacerme, y por otro lado me alegraba de su descubrimiento y no deseaba otra cosa que todo se realizara como él quería. Al salir me cogió del brazo bruscamente.

—Ven, la vas a conocer; no he visto nada más a propósito.

—Me llevaba casi arrastrando, pues yo no podía competir con sus grandes pasos de gigante. Hablaba sin parar, mostrando el entusiasmo de un niño que ha cogido un pájaro en la trampa. Atravesamos toda la feria, parando en la piscina donde se exhibía el *ballet* acuático. La carrera me había dejado sin respiración.

Hacia cinco minutos que la función había co-

menzado y las doce muchachas, vestidas de tela fluorescente se zambullían en el agua con agilidad de pez y gracia de bailarinas.

—Mira ésta.

Tres de ellas subían las escalerillas hasta el trampolín, tres cuerpos atléticos y esculturales; las tres parecían iguales, cubiertas las cabezas con el sombrero de goma repleto de escamas verdes que relucían bajo los focos de colores.

Una tras otra se lanzaron al agua encurvando el cuerpo en el aire en salto mortal. La última dió uno y medio y antes de tocar el agua ocultó la cabeza en el pecho introduciéndose en el líquido azul por los hombros, girando graciosamente hasta quedar en posición vertical con la cabeza fuera.

—¿La has visto? Ese es el salto que necesito para la red.

—De veras que lo hace muy bien; pero no sabía que el cañón y la natación tuvieran nada que ver.

—¿Pero no te das cuenta? —exclamaba él entusiasmadísimo. Es lo mismo saber lanzarse al espacio y caer de cabeza, después de ocultarla y caer de espaldas; es la mejor caída la que ella hace. Le sería fácil sólo soportar el estrépito del cañón y es todo el cuerpo en la misma posición. No sabes cuánto daría porque aceptara; me ha ilusionado tanto...

Segundos más tarde las nadadoras salían del agua para saludar, quitándose el ajustado sombrero impermeable.

Nuestra atención se concentraba en la chica del

salto, cuya cabellera larga y rubia caía sobre los hombros contenta de abandonar la presión.

No era ni bella ni atractiva, pero tenía ese sello femenino y gracioso de la mujer americana, con rasgos selectos y una suave piel bronceada por el sol.

—Me voy a hablar con ella en seguida.

Dejé marchar a Hugo con todas sus ilusiones...

—Es mejor que habléis los dos solos le dije. Deseé con todo mi corazón que se arreglara todo satisfactoriamente para él.

Hugo y la muchacha se habían arreglado. Ella aborrecía su oficio y le subyugó al instante la idea de algo diferente. En seguida soñó con la fama (como toda principiante) y con el dinero.

Antes de terminar Vancouvert ellos ya estaban ensayando. Fuí a verlos un par de veces. Hugo había colocado sólo la cuarta parte de la red cerca del cañón y la joven se tiraba desde lo alto de ésta. Después comenzó a salir del cañón en pequeños lanzamientos de un metro, después de dos. Hugo estaba borracho de felicidad. Ella parecía una buena chica, tímida y soñadora, no aspirando más que a vivir bien y tener algún nombre. La auguré que con Hugo estaría bien, porque era educado y sensible.

Me volví a alejar de Hugo.

Meses más tarde leí en el periódico su debut con el nuevo número, lanzándose los dos al aire en un corto lapso de tiempo, cayendo ella a la red antes que él un par de metros más lejos. Mi amigo

había triunfado. Inmediatamente le puse un telegrama felicitándole.

En uno de mis viajes tuve que cambiar de avión en Chicago y enterándome que Hugo trabajaba allí, perdí un día sólo por ir a verle. Trabajaba en el Auditorium y, efectivamente, el número era espectacular y emocionante.

—Tu idea fué maravillosa —le dije delante de la chica, que parecía halagada,

Me sonrió con lágrimas de felicidad. Había conseguido lo que quería, atraer la atención de periodistas y fotógrafos. También influía la personalidad de ella, que consciente del triunfo y de que era algo más se había superado como mujer, sabiendo que se debía al público y al hombre que la había enseñado a ser artista. Sonreía constantemente, más que de dicha de agradecimiento por el camino que había tomado su vida.

Esa noche, después de la función, me invitó a cenar. Después me llevó a un Nightclub. Allí hablamos.

Hugo resplandecía por los cuatro costados. De vez en cuando cubría las manos de su compañera con una de las suyas, añadiendo:

—Lo que hemos conseguido algún sacrificio le habrá costado y también se habrá tragado algún nudo de miedo; pero ya está aquí, admirada como una artista y lujosamente vestida.

La joven sonrió, acariciando con la barbilla la suave piel de «mink» que llevaba sobre los hombros. Hugo la miró a los ojos. Una vez más temblé

por el porvenir de su vida. Un porvenir con diferente problema y sufrimiento.

—¿No es encantadora? dijo mirándome.

Durante un año oí hablar continuamente del hombre y la mujer cañón. Ganaban dinero, viajaban, pero había algo que no andaba bien entre ellos me decían siempre. Después deje de oír hablar.

Estuve en Sudamérica dos años; al volver me ocupé de saber qué había sido últimamente de mi buen amigo.

Hugo había desaparecido; nadie sabía dónde estaba. Solo andaba, naturalmente, porque la compañera, la muchacha rubia, se había matado.

El cañón seguía trabajando. Su empleado alemán lo hacía por él; continuaba con el mismo nombre.

La noticia me había dejado confusa y horrorizada. Durante el viaje que hice en tren hasta Nueva Orleáns, donde trabajaba su cañón, no pensé en otra cosa.

¿Cómo se habría matado? Una cosa que él tenía tan segura. Estaba convencida que si él hubiese dudado una sola vez de ella o del aparato no la hubiese dejado subir más.

Corrí a la feria; me deshacía por saber de él. El criado me miró de arriba abajo y bajó la cabeza.

—¿Y bien, dónde cree que podrá estar él? ¿Por qué huyó de su número?

Rompió el cigarrillo que tenía en las manos y me miró.

—¡Oh!, supongo que en cualquier sitio, lejos; quizá se haya ido a Cuba.

—Pero ¿de qué va a vivir? El está acostumbrado a gastar, buena vida, buena ropa...

—Tenía dinero; además puede ganarlo en cualquier sitio. Le gusta trabajar y se adapta a cualquier cosa.

—No lo creo, no puedo creerlo todavía. ¿Dicen que tuvo un juicio?

—Naturalmente; había que dar cuenta de lo que ocurrió.

Aquel hombre con su lento hablar, sus lacónicas palabras y el horrible acento alemán me desesperaba.

—Pero ¿cómo pudo haber sido? El siempre me aseguraba a mí que no podía ocurrir nada mientras que el cañón estuviese dirigido por manos expertas como las suyas y las de usted, en quien él confiaba.

—Puede ocurrir... —dijo él secamente, mirándome directamente a los ojos.

—El cañón estaba demasiado cargado. El aire comprimido tenía más potencia que de costumbre. No me di cuenta de nada; fué algo que nos sorprendió a todos. En seguida que salió ella lo supe; iba con más fuerza y se pasó de la red, rompiéndose la cabeza. Murió instantáneamente.

—¿Cómo se las entendió en el juicio?

Me volvió a mirar.

—Fué un accidente; así lo probó y así consta. Se llamaron otros artistas de la misma especie y todos declararon en su favor.

—Oh!, no quise decir lo contrario. Creo fielmen-

te en Hugo, en su bondad y sé que es un ferviente católico.

—Hugo cambió mucho en los últimos tiempos.

—¿Qué quiere decir?

La mirada gris, fría y calculadora del alemán me desagradaba, pero quería ir sabiendo.

—¿A qué se refiere? ¿Qué cambio?

—Hugo se enamoró locamente de Bonnie; tenían riñas y se disgustaban a menudo. Ella le pidió más dinero, recordándole que había levantado el número y el bolsillo. ¡La muy asquerosa!

—¡Por favor!...

—¿Por qué no? ¿Qué importa que esté muerta?

El la vistió y de cosas caras, la compró de todo, la llevó a los mejores hoteles, la hizo llamar «artista», la enseñó el italiano con toda la paciencia que se necesita. Después de cada función la llevaba a comer al mejor restaurante que hubiera. Engordó. Después a bailar y ella no pedía más que champagne, acompañado de sandwiches y caviar, lo que había oído decir que era elegante. A Hugo todo le parecía bien y poco siendo para ella. Estaba enloquecido.

El alemán se había hecho más elocuente a medida que se iba acrecentando su coraje. Mi atención se concentró en sus manos, que se retorcían actuando con ellas al hablar. Le seguía escuchando, observándole al mismo tiempo.

—Después ella comenzó a salir con otros hombres, a llegar tarde al trabajo y portarse mal.

—«Se está poniendo imposible» —me decía él

casi llorando, y yo sabía que aquello sería su perdicción.

— ¡Pobre Hugo, mi mejor amigo!

— ¡Y cómo la quería a usted!

— Haría lo que fuera por salvarle... Bueno, ya que estoy aquí le veré trabajar. Mañana salgo para Nueva York y luego Europa; no pienso volver más.

La voz del micrófono atrajo la atención del público que se fué aglomerando alrededor de la pista, en cuyo centro resplandecía el enorme cañón. Como un monstruo de plata se alzaba en posición diagonal, con su gran boca abierta. Me horrorizaba solamente verle. Hugo tenía razón, yo estaba mejor en mi trapecio.

El alemán lo estuvo preparando todo, ya vestido con su traje blanco de piel de caballo que Hugo usaba; le quedaba ancho en la espalda.

— ¿Le puedo ayudar en algo?

Por primera vez el alemán me sonrió con algo de humor. Lo anunciaron. La gente aglomerada miraba ora al cañón ora al hombre que se colocaba la máscara cubriéndose toda la cara, teniendo cristales en el sitio de los ojos para ver.

Hugo me había explicado antes toda la mecanización del cañón. Era un número de efecto.

El alemán se introdujo en la boca redonda.

— ¿Listo? — gritó el ayudante con todas sus fuerzas. El tambor repiqueteaba rítmicamente.

— Sí. ¡Listo!

Se levantó la palanca.

—¡Qué frágil! No parecía posible que aquello tan pequeño pudiese manejar la vida de un hombre.

—Va...

Temblé. Las mujeres se taparon la cara. El gigantesco foco de la feria seguía en el espacio el cuerpo blanco del hombre que volaba sobre las norias. Había salido recto el disparo y la pólvora, que echaba llama por la boca del cañón, hizo el efecto calculado.

La red ancha, puesta al otro lado de la feria, recibió el cuerpo que había engrupado en el aire para caer de espalda.

Se levantó la blancura del traje y de un tirón arrancóse la máscara para saludar al público.

Respiré hondamente.

La gente aplaudió, dispersándose después por los alrededores. El número había terminado.

—¿Me parezco a Hugo? —me preguntó el alemán con petulancia.

—El salto es largo, pero la elegancia y personalidad de Hugo no la tendrá nadie más.

Fuí sincera.

Acarició el cañón con una mano.

—Me voy —dije—. Y creo que no le veré más.

Le tendí la mano.

—Si alguna vez sabe algo de Hugo, dígame que he llorado por él.

—Espere —me retuvo.

—Usted quiere mucho a Hugo, como él se merece; él la quiere también y sé que él se lo hubiera dicho porque usted es digna de ello.

Guardó silencio.

—¿Qué es?

—Solamente yo lo sabía, ahora lo sabe usted. No fué un accidente.

Miré el aplomo de sus ojos.

—Fué un crimen.

No sé cuánto tiempo estuve sin poder hablar, pensando en nada. Antes de irme pude balbucir:

—Es usted muy fiel.

—Hugo me dió el cañón.

—Sí, el arma.



EL CIRCO FANTASMA

CADA hijo que pasaba a heredar el circo le cambiaba el nombre, a ver si con ello cambiaba también la suerte, que no lograban atraer con ninguno.

Se llamó «La Rosa», «Circo romano», «American Circus» y, por último, «Circo Nacional»...

Por el cambio de directores y nombres se podría observar la frágil dinastía de aquel circo pequeño y desarmado, cuya grada crujía cuando la ocupaban más de cincuenta personas, aunque no era frecuente que llegara a tal número.

Su último y actual propietario era don Dimas, un hombre pequeño, robusto, con un ancho bigote negro en medio de dos carrillos rojos que le hacían parecer más bien un cocinero italiano.

El pobre hombre era de voluntad frágil, como la de sus antecesores, y apenas hacía lo que su mujer le ordenaba.

La dueña (como todos la llamaban) era una mujer alta y fuerte, de mandíbula ancha y boca grande. Llevaba la gruesa mata de pelo recogida por un moño sobre la nuca, que la hacía parecer más alta todavía; voz bronca y amplias espaldas y, por último, irremediablemente, tenía bigote.

Los empleados la temían, y el mismo esposo padecía cuando la veía enfurecerse y para hablar del hijo adoptado, el pequeño Lolo, que contaba doce años, pero tan poco desarrollado estaba que parecía sólo tener diez.

En toda la compañía no habrían más de veinte personas contando los cuatro músicos, un representante que hacía de *director-resisseur* y los tres de la casa.

Ellos hacían de todo: la taquilla, la puerta y movían el circo de un lado a otro. Tal vez era por ello que el negocio iba cada vez peor, tanto, que la dueña decidió despedir al número de perros, que era el más caro, aparte de que los perros comían mucho y, como últimamente no podían darles lo que necesitaban, habían enflaquecido demasiado y no estaba bien que el público sospechara la situación de la compañía. Prescindieron de un empleado también, así se redujeron los componentes del circo a diecisiete.

Lolo tocaba los platillos y se ponía un mono para ayudar a colocar los aparatos. Hacía de payaso con

los demás augustos del circo y, por último, saltaba, pero tan mal que daba pena ver aquellos huesecillos dar vueltas en el aire; y la gente, al verle, chillaba presintiendo que los miembros caerían aparte.

El no tenía la culpa, pues nunca le enseñaron a hacer nada mejor y la dueña no le tenía en mucha estima, a pesar de salir de ella la idea de adoptarlo, y el amo no podía hacer lo contrario porque no le agradaba perder el bigote en manos de su terrible esposa.

Los berrinches de la mujer crecían más y más con tan poca entrada que tenían, haciéndose cada vez más temible; pero nadie se atrevía a largarse, porque, ¿a dónde ir en los días de invierno cuando nadie ganaba nada? Ellos todavía comían, mal o como fuese, pero se seguían manteniendo en pie.

Lolo sentíase muy desgraciado. No tenía ni una sola mano amiga que consolara sus penas y su complejo de mal artista, que lo afligía mucho. Y con aquellos huesos... ¡Si siquiera fuese más robusto! Pero su maldita naturaleza parecía burlarse de él también.

Solía llegar el primero al circo desde por la mañana; él barría las gradas, colocaba las sillas bien y después se vestía para ensayar, no sin preguntarse:

«—¿Para qué, si nunca seré mejor de lo que soy, ni tengo a nadie que me diga nada? Así no se puede uno hacer artista por mucho que ensaye.»

Nadie aparecía por el circo, de los que pudieran darle un consejo o enseñarle un salto nuevo.

La dueña parecía haberle olvidado por completo.

Don Dimas no se fijaba más que en lo que veía su mujer, temía ofenderla si hacía lo contrario y no quería ser blanco de sus arrebatos de cólera.

Una noche de esas tristes y frías en que no viene nadie al circo y los artistas piensan muy desagradablemente al ver venir la miseria que se acerca, tuvieron que suspender porque vendieron sólo dos entradas de general, y una era de niño, que pagaba la mitad. Los artistas hicieron la cuenta y vieron que sería más el desgaste de luz, pintura e hilo para coser la punta de la alfombra que Lolo rompía siempre al saltar, al dar aquel endemoniado tropezón que le traía loco. Decidieron no trabajar; pero no fué eso sólo, sino que una de las dos leonas viejas que tenían, como pasaban tanta hambre, se comió un ratón que tan inoportunamente pasó por la jaula, y tan mal le sentó que, antes de digerirlo del todo, se murió.

Don Dimas, que había conocido los peores berrinches de su mujer, no recordaba ninguno mayor que el que cogió esa noche.

El circo parecía que iba a estallar con los gritos y maldiciones que echaba por aquella boca.

Los artistas se agrupaban unos contra otros, sin atreverse a respirar siquiera. Lolo empezaba a ponerse morado.

— ¡Qué injusticia, pero qué injusticia tan grande! ¡Ni que estuviéramos maldecidos! ¡Esos perros! No, si yo sabía que al final, el haber echado esos perros nos iba a traer mala suerte.

Gemía la dueña juntando las manos nerviosa-

mente y volviendo los ojos hacia el telón. El marido trató de calmarla diciendo sencillamente:

—No, Magda, tampoco culpes a los perros, porque antes de que los echaras ya teníamos mal negocio.

—Sí, pero no se murió ninguna leona.

—Es que se murió por la rata.

—A eso me refiero, idiota, que antes tampoco pasaba ninguna rata por aquí.

El marido sacudió un pequeño temblor. Ella preguntó:

—¿Sabes si por casualidad se come la carne de león?

Don Dimas abrió los ojos desmesuradamente:

—¿No querrás decir que...?

—¿Por qué no? No hay más que sacar la rata que está dentro.

—Pero, Magda...

La mujer prosiguió:

—La pelamos y le damos la carne al otro león. Algún provecho tenemos que hacer de ella.

Don Dimas respiró y Lolo también. La dueña no se entretuvo más:

—Aprovechemos que es temprano, que no hay gente y que llueve; así se evitará que se extienda el olor. Paco, tráeme el cuchillo.

Los artistas se miraban unos a otros asombrados de ver hasta qué límites había llegado la señora Magda.

Se recogió las mangas y, sacando a la leona muerta de la jaula, la arrastró hasta un lado de la

pista con la ayuda de un empleado, que puso debajo una lona vieja para que no manchara la sangre.

Sin escrúpulo clavó el cuchillo en la garganta abriendo la piel de la fiera desde allí al ombligo; pero tal fué el tufo que salió caliente todavía, que el ama del circo cayó desmayada.

Su marido corrió hacia ella, haciendo señas para que se llevaran la leona de allí.

Cuando la dueña abrió los ojos respiraba con dificultad y estaba pálida; con voz débil dió orden para que enterraran el bicho bajo la grada.

Todos se sorprendieron del cambio espléndido que había tenido.

La dueña del circo enfermó gravemente, nadie sabía si por el tufo que había injerido o por el berrinche de perder el animal; viendo, además, que el negocio había ido de peor en peor.

Se murió...

Tan repugnante era su apariencia, que Lolo no tuvo valor para besarla y le cogió una mano a modo de despedida.

Don Dimas estaba muy impresionado; no adoraba a su esposa, pero acostumbrado como estaba a obedecerla no sabría cómo empezar cuando no tuviera su voz de mando. Los artistas le consolaban, augurando mejores tiempos para el circo.

—¿Quién sabe si su espíritu puede ayudarnos y nos trae suerte?

—¡Sí, quién sabe!

—¡Ojalá!

—Dios te oiga.

— ¡Pobre Lolo, qué sólo se va a encontrar!

Lolo, en un rincón, movía la cabeza porque creía que aquello estaba bien, pero no lloraba. Don Dimas daba largos pasos por la habitación exclamando a menudo frases sin cabeza ni pie:

— ¡Ay, Lolo, qué solos nos hemos quedado, hijo mío, qué solos! Tres días no se trabajará, como señal de luto. ¿Estáis conformes?

— ¡Cómo no!

— Terminaremos este mes aquí y trataremos de mudarnos a otro sitio. Que Dios nos ayude. Magda... Magda...

Las mujeres gimoteaban sin lágrimas en los ojos; los hombres fumaban porque el amo los había invitado.

En sus paseos por la habitación el amo del circo se daba plena cuenta de la realidad de la vida. Había dicho segundos antes: «acabamos este mes aquí y mudaremos a otro pueblo». Otro pueblo. ¿Cómo partir a otro pueblo si no tenían dinero ni para los camiones? Se preguntaba si sería fácil llevar el circo a costas entre todos. No le parecía muy extravagante la idea; él recordaba que cuando eran pequeños y trabajaban sus padres y hermanos solos dependían únicamente, como medio de transportación, de dos burros, y ellos cargaban cada uno con sus aparatos, aparte de un lío de ropa y enseres particulares. ¿Por qué no hacerlo ahora también? Lo pensaría despacio e iría preparando a los artistas. A todos convenía que el circo siguiera adelante.

Tres días habían pasado desde el entierro de la

señora Magda, y esa noche abrían las puertas del circo para la función anunciada, en la que se rogaba al público que viniera para ayudar a la gente del circo, que se había quedado en la ruina.

Dos horas antes de la función, don Dimas y Lolo se dirigían al circo muy optimistas los dos por la buena pinta que lucía el negocio.

El circo estaba oscuro todavía, había que economizar electricidad; sólo una bombilla pequeña, de luz amarilla y débil, alumbraba la puerta, donde ya parados como moscas había unos chiquillos que recordaban entusiasmados la última representación. Cuando, de pronto, la puerta grande se abrió y por ella salieron a una velocidad enorme un empleado y el taquillero, que también hacían de payasos.

Los dos estaban inmensamente pálidos y les faltaba el aliento cuando trataron de explicar a don Dimas lo que les había ocurrido. Habían visto un fantasma. Sí, señor, un fantasma.

Estaban tan blancos que el director del circo estuvo a punto de creerles.

—Bueno, esperad. Hablad uno por uno. Vamos aquí, al café; estáis muy excitados.

Los muchachos que estaban a la puerta del circo habían escuchado la conversación, y al oír la palabra fantasma salieron corriendo gritando a grandes voces:

En el circo ha salido un fantasma.

—Hay fantasmas en el circo.

Entre los tres se encargaron de divulgar la fatal noticia.

Lolo miraba con los ojos muy abiertos a los dos hombres que, después de beberse un trago de aguar-diente, parecían más tranquilos, comenzando a ex-plicar las cosas con más serenidad.

—Mire, don Dimas. El señor Felipe y yo entrá-bamos en el circo para encender las luces y abrir la taquilla. Entonces sucedió la cosa. Cuando los dos atravesámos la pista parecía que el centro del telón se iluminaba, y no era luz, no señor, era el fantasma. Sí; un fantasma que se parecía a la dueña. Con esto no quiero ofenderle a usted. Dios la tenga en su gloria.

—Amén.

—Pero era ella, ¿verdad, señor Felipe?

El otro afirmó con la cabeza.

—Estaba vestida de blanco toda, y hasta la cara era blanca y no se le conocían los ojos ni la boca, como si la tuviera lisa; hacía movimientos con las manos como si quisiera hablarnos, y fué cuando sa-limos corriendo.

Don Dimas tintineaba la mesa con los dedos.

—Bueno, bueno. Esto no debe correrse; yo no creo que sea nada de eso que ustedes dicen. Posi-blemente es una obsesión de los dos; puede haber sido también un reflejo de luz; hay muchas casas por aquí alrededor. Vámonos ya, yo iré con vos-otros; veréis cómo no pasa nada.

Lolo sentía una tremenda curiosidad por todo aquello que estaba oyendo. Había leído muchos cuentos de miedo y le parecían excitantes. Además sabía que los fantasmas no hacían daño. ¡Cuánto

le hubiese gustado a él haberlo visto! A lo mejor ahora salía otra vez.

Las puertas se mantenían abiertas. No había un alma por allí. Don Dimas temblaba, pero rehaciéndose y persignándose se dispuso a entrar para ejemplo de los otros. El circo estaba completamente oscuro. El dueño dió tres pasos en el interior y encendió una cerilla. Nada ocurrió. Atravesó la pista llegando al cuadro de la luz, movió una palanca y el interior del circo quedó iluminado. Suspiró profundamente.

Lolo fué el primero en entrar y, después, los otros dos.

Sólo cuarenta personas fueron al circo aquella noche; repartirían la mitad del dinero para la compañía y guardarían la otra mitad para ir ahorrando para los camiones.

Los artistas estaban muy deprimidos, no ya por el negocio, sino por aquello del fantasma. Ninguno se atrevía a quedarse sólo en el camarín, y salían corriendo antes de que se apagaran las luces. Sólo Lolo, que sentía curiosidad por conocer al fantasma, se armó de valor, rezó tres padrenuestros (le habían dicho que la señal de la cruz alejaba los malos espíritus por si el fantasma no venía con buena intención) y después que todos se fueron le dijo a don Dimas que él se quedaba porque los empleados no se atrevían ninguno y él sabía apagar la luz.

Se quedó, pues, y cuando todos se hubieron marchado dejó sólo una lucecita encendida sobre la pista con intención de ensayar. ¡Le hacía tanta fal-

ta! Quizá tratándolo fuertemente conseguiría ser algo más como saltador.

Se quitó los zapatos, estiró la alfombra y se puso a ensayar solo. Sus piernas difícilmente le mantenían, ¡estaba tan flaco! Que no; por mucho que lo intentara no conseguiría hacer el flic-flac bien hecho. Su padre siempre le había dicho que llevaba la cabeza baja y las piernas encogidas, y no lograba quitarse aquellos defectos. Además, ¿cómo podía enseñarle don Dimas cuando él nunca había saltado? Su señora, la dueña, sí que había saltado bien, pero no quería perder el tiempo enseñándole a él.

A propósito de la dueña, pensando en todo aquello de los saltos se le había olvidado lo del fantasma.

Seguía ensayando infatigablemente a pesar de su anemia, pero no conseguía hacerlo mejor. Aburrido de sus esfuerzos inútiles se sentó delante del bombo que había en la orquesta y, apoyando la cara entre las manos, empezó a llorar.

—No puede ser, seré un inútil siempre, pero seguiré probando hasta que me rompa los huesos, que para nada los quiero si no sé saltar bien.

Así decía en voz alta entre sollozos e hipoes. Su voz, cargada por la pena del fracaso, era capaz de despertar la sensibilidad de un muerto.

La lucecilla se apagó de pronto. Debía ser un apagón general porque el mundo entero quedó a oscuras; ni un pequeño rayo de alguna casa vecina. Era como el fondo de un pozo cubierto.

Lolo no sintió miedo, pero sí más pena por la mi-

seria que le rodeaba. Una claridad tenue como un alborear penetraba por la abertura central del telón, que poco a poco descendía hasta la pista. Lolo se quedó mirando sin saber lo que podía ser. Después creyó que tal vez una nubecilla de humo de alguna panadería cercana; pero, ¿a aquella hora?...

La gaseosa blanca fué adquiriendo forma alta y ancha. Lolo empezó a reconocer. Sí, indiscutiblemente era el tipo de la dueña.

No se inmutó por eso; lo tomó con tanta naturalidad, que hasta se acercó a ella.

—¡Señora Magda! —pronunció con algo de desconcerto—. ¿Qué hace usted por aquí?

Una voz gruesa, hueca y fría, salió de aquella cabeza redonda y blanca falta de facciones:

—¡Ah, ingrato, tú fuiste el primero en alegrarte de mi muerte! Yo podría proteger el negocio del circo y demás desgracias que lo están aniquilando; pero en vista de que me recuerdan poco y no tienen un pequeño pensamiento tierno para mí, me decidí a abandonarlo por completo y aparecerme a todos para asustarlos. Pero, ¿tú no te asustas? ¿Acaso no te has dado cuenta de que soy un fantasma?

—Sí, pero para mí usted será siempre la señora Magda, la dueña. No pienso que me quiera hacer ningún daño, y en eso de que no la recuerdan, está equivocada, porque todas las noches, cuando don Dimas y yo vamos a cenar, él dice: «Si estuviera aquí mi mujer, las cosas no irían tan mal. A veces chillaba un poco, pero sabía llevarlo todo por el mejor camino.» Y yo le suelo contestar: «Sí, y

todo el mundo le hacía caso; lo único que siento es que no me enseñó a saltar bien antes de irse.» ¿Ve usted cómo sí que la recordamos?

—En eso de no enseñarte a saltar, tienes razón; no me ocupé demasiado de ti y este circo necesita que atraigan al público, pero no es demasiado tarde todavía. Ponte la loncha y vamos a ensayar.

El chico sintió un alegrón tan grande que salió corriendo a buscar la loncha. Desde el camarín, gritó:

—Pero no se verá nada. ¿Llevo una vela que tengo aquí?

—¡No! —gritó enérgicamente el fantasma—. Nosotras, las apariciones, somos alérgicas a la claridad, y con la que da mi envoltura será suficiente. Date prisa.

Cuando Lolo volvió ya traía puesto el fuerte cinturón de cuero, de cuyos dos extremos colgaba una cuerda.

El fantasma se le apretó bien. Lolo ignoraba que los fantasmas tuviesen tanta fuerza.

El ensayo duró hasta las cuatro de la mañana y no estuvieron más porque el ama temía que le sorprendiera la claridad del día.

Lolo había ensayado mucho, y como había adelantado, logró dominar aquel defecto de doblar las rodillas; pero quedó tan rendido que, apenas desapareció la blanca visión, cuando se cayó en la alfombra, durmiéndose al instante.

No le dijo nada a nadie, ¿para qué? A lo mejor era peor y la dueña se podía enfadar; pero empezó

a hablar bien de ella para que todos la recordaran un poco, que era lo que ella quería. Y los artistas, sorprendidos por el cambio de sentimientos, se miraban unos a otros; pero más sorprendidos quedaron cuando Lolo trabajó esa noche sin dar aquel usual tropezón en la esquina de la alfombra. Además no doblaba las piernas ni los brazos.

Don Dimas fué a felicitarle, abrazándolo con calor.

Algunos días más tarde Lolo era todo un artista. El público escaso que iba se asombraba de aquel muchacho tan flaco que saltaba tan bien.

Don Dimas notó que algo raro estaba pasando, ya que su ahijado insistía en quedarse en el circo todas las noches. Además, aquel modo de progresar...

Un día Lolo le habló muy serio al dueño proponiéndole:

—Padrino: anoche soñé que hacíamos un final con todos los artistas vestidos de fantasmas y gustó mucho el circo y se llenaba todas las noches. ¿No cree usted que siendo eso tan original atraería a la gente, y que se le debía poner «Circo fantasma»?

Don Dimas no había oído una cosa igual en toda su vida. En verdad que habían cambiado mucho de nombres, pero nunca se le había ocurrido poner a nadie «Circo fantasma» y vestirlo como tal.

—Lolo: ¿de dónde sacas esas ideas y qué te está pasando de un tiempo a esta parte? Cuéntame, hijo mío, que tus secretos me preocupan mucho.

Lolo no pudo más. Era tan bueno don Dimas y

le había tratado tan bien, que se sintió con la obligación de contárselo todo, y tenía la impresión de que su amiga «el fantasma» se lo aprobaba.

Temblando un poco, porque no se podía quitar el miedo del todo, le explicó a su padrino lo que le había pasado con su mujer. El hombre abrió los ojos a medida que escuchaba, estrujándose las manos nerviosamente.

—¿Y ella te ha enseñado a saltar, dices tú? Ahora comprendo por qué lo haces tan bien. ¿Y te ha dicho que si hacemos algo en su honor nos protegerá? Es raro que un fantasma pueda proteger; pero, en fin, si ella lo dice, pues bien. Desde mañana se va a llamar esto «Circo fantasma» y se hará un final con algo así como una danza macabra, con la luz medio apagada. Probaremos y que Dios nos proteja, o el fantasma, o lo que sea.

Ni mucho menos tenían dinero para el vestuario; pero los artistas, aunque no les gustaba la idea, contribuyeron trayéndose cada uno una sábana, a la cual le hicieron un agujero en el medio, por donde metían la cabeza, cayéndoles sobre la cara un tul blanco. Con trozos de maderas hicieron cruces y un par de tumbas, todo en blanco, que debía ser el decorado de la pista.

Lolo estaba muy contento, y cuando por la noche se encontraba con el fantasma de verdad, que no había faltado nunca, le contaba los adelantos que se hacían, y en unos días, en cuanto estuviese seca la pintura del cartel, lo anunciarían.

La señora Magda daba muestras de alegría, exclamando:

—¡Por fin voy a descansar tranquila! Pero la noche del debut vendré y de vez en cuando me asomaré por el redondel del telón, pero ya no me verás porque la luz me aniquila; pero tú sabrás que estoy arriba mirándote. ¡Cómo me voy a reír con la imitación de los míos! Tú le habrás explicado cómo voy vestida, ¿no?

—Claro, pero algunas sábanas son cortas y se les ven los pies.

—Diles que se pongan calcetines blancos y que al salir no dejen de hacer Buhhhh..., que es nuestro idioma, y los músicos que abusen de los platillos, que es un ruido parecido al que siempre hacemos al salir.

—¿No es demasiado ruido ese?

—Las tumbas son muy espesas y esa es la tradición. Yo no estuve muerta antes, pero me dicen que fué así.

—Haré todo como usted dice.

—Ya no nos veremos. Tú no me necesitas, saltas como el mejor y hasta has engordado, y el Circo, una vez hagan eso en mi honor, será bastante y no tendré que venir a recordaros. ¡Adiós!, y ya sabes, recuerda las rodillas y los brazos y ese golpe de cabeza. El día que lo hagas mal oirás un trueno. Y el fantasma, diciendo las últimas palabras, se esfumó ascendiendo por uno de los palos y salió por el agujero.

«Circo fantasma» decía el letrero, en grandes

colores, que estaba encima de la puerta. Bajo las letras, una mesa revuelta de artistas y payasos, y a cada extremo, riéndose con la boca muy abierta y los ojos cerrados, de donde fluían lágrimas gordas y brillantes. La taquilla figuraba dos lápidas, y la dedicatoria era la lista de los precios.

Don Dimas sabía que había ido demasiado lejos con todo aquello, pero no estaba mal del todo. La portada resultaba original.

La noche del debut alumbraron bien la portada. Don Dimas se gastó el último céntimo que tenía. Como habían estado unos días sin trabajar, parecía que el público acogía bien al circo de nuevo y se aglomeraban en la puerta desde temprano. Las tres cuartas partes del circo se llenaron; los artistas no cabían en sí de gozo y don Dimas miraba a Lolo esperanzado que todo aquello no fuera una broma pesada de su imaginación.

Antes de cada número el circo se apagaba completamente y, después que se anunciaba al artista, se encendían las luces despacito. El público reía satisfecho de aquella innovación.

Lolo se presentó solo, dando una exhibición de acrobacia incomprensible para sus compañeros. Le aplaudieron mucho y, al terminar, miró sonriente la esquina de la alfombra cosida, ya con la confianza de que nunca más la volvería a romper.

El final era todos los artistas vestidos de fantasmas, con escasa luz, las tumbas esparcidas por la pista y la música macabra con exceso de platillos.

El público chillaba riendo históricamente; las mu-

jeros abrazándose al hombre que las acompañaba, despertando un encanto común.

La función fué un éxito.

El circo se llenaba todos los días y los artistas pudieron comer bien, siendo todo alegría.

Más que nunca se acordaban de la dueña, que estaba satisfecha.

La leona, bien alimentada ahora, rugía de lo lindo expresando sus deseos de querer abrazarlos a todos, con la promesa de ser buena. Don Dimas, contento del cambio de la suerte, abrazaba a Lolo diciéndole:

—Bien, muchacho. Ya hemos dado en el clavo. ¡Qué contento estoy ahora! Ya podemos salir de aquí y esto vuelve a ser un circo. el «Circo nacional», perdóname, el «Circo fantasma».

Y Lolo, con una sonrisa abierta, miraba hacia arriba por los agujeros de los palos y guiñó un ojo. Sabía que el fantasma estaba allí observándole. Entonces oyó muy lejano, pero claro, un murmullo feliz, algo así como Buhhhh... Sabía que era la forma que tenía la dueña de expresar su alegría.



EN LISBOA

DESDE un coche de tercera clase saltó al andén con agilidad acrobática la joven de la boina gris, que parecía extranjera.

Anduvo con paso rápido hasta uno de los departamentos de primera, se detuvo allí apretando contra su cuerpo la pequeña maleta que llevaba en la mano. Parecía que alguien tenía que haber venido a recibirla, a juzgar por la forma de volver la cabeza en todas direcciones con mirada ansiosa, como queriendo adivinar quién trataba de localizarla.

Cuando la gente desapareció de la estación y sólo quedaban los portadores de equipajes arrastrándolos en ruidosas carretillas y mirándola como si fuese un objeto olvidado, se convenció que nadie se había interesado por ella.

Con paso lento se dirigió hacia la salida.

No hacía frío, pero llovía y el día estaba oscuro, desagradable.

Había estado en Lisboa hacía unos ocho años. ¡Qué diferente era todo entonces! Con ella estaba su padre, aquel amigo jovial de carácter inigualable.

En aquel tiempo todavía él trabajaba en un número de malabares serio-cómico en el que ella tomaba parte. Tenía entonces catorce años.

El arte y la gracia del viejo, unido a la juventud y belleza de la chica, hacía que el número se ganara las simpatías del público y de las empresas, por lo que ellos vivían feliz y desahogadamente. Pero el padre era viejo y sus energías desfallecían y ella, notando cómo la vida de su progenitor se esfumaba a pesar de su euforia y su charla consecutiva, y queriéndole como lo quería, deseándole una vejez tranquila y sin preocupaciones, se decidió a ensayar.

Su número bastaría para los dos y no desacreditaría el nombre artístico que tan alto habían puesto.

Se decidió por el alambre.

Lo eligió porque ya desde pequeña le gustaba, aun cuando, por no desilusionar a su madre, que no quería que hiciera nada más elevado del suelo, no lo había hecho antes. Pero ahora lo haría más que por sí misma por el ser querido que tanto había luchado por ella.

Contaba con su conocimiento en los malabares y el baile clásico que había estudiado de niña en París. Un viejo amigo compañero de su padre la

enseñó a saltar en el suelo, y con la voluntad de ella, los consejos de los dos hombres y un largo ensayo diario, en poco tiempo se hizo dueña del equilibrio, introduciendo todo aquello que sabía: malabares, un poco de danza, la rondada perfectamente hecha y el soberbio salto mortal que le dió fama tan pronto como se hizo ver.

Había tenido miedo. Miedo a todo lo que fuera circo, hasta para saludar lo sentía; pero después todo desaparecía cuando en medio de la pista la recibía el calor del público que se desbordaba en aplausos.

Su ilusión por el circo creció, tenía que confesárselo a sí misma al saberse grande y admirada, y si alguna vez en los momentos de soledad pensó en retirarse joven y tener una casa, destruía después el pensamiento al ver su nombre en letras grandes y rojas que sobresalía en los carteles.

Su padre había muerto hacía unos meses...

Fué larga e inesperada la enfermedad que se llevó al valeroso artista a otro lado, lejos de su hija, donde los circos son de nubes rosadas y azules, con gradas celestiales repletas de angelitos espectadores que reían infantilmente agitando la plata de sus cascabeles ante las gracias del payaso santo.

Era esta la primera vez que iba a trabajar después de su muerte. No habiendo consentido alejarse de él durante su enfermedad y habiéndose consumido los ahorros, se dispuso a aceptar el contrato para el «Coliseu dos Recreios», donde debía comenzar a rehacer su vida.

Todavía vestía el traje negro y estaba oprimida hasta la desesperación. No sabía cómo iba a salirle todo sin las palabras de «él» antes del trabajo, sin su sonrisa llena de confianza.

No quería pensar más en ello, tal vez fuese peor. Siendo todo diferente, dejaría que aquello perteneciera a un pasado que acababa de vivir.

A través de la ventanilla del «taxi» que tomó miraba las calles por las que iba pasando. ¡Qué extraño, qué ausente todo!

Seguía llamándole la atención aquellas mujeres que vendían pescado transportándolo en cestas planas que llevaban a la cabeza. Lo mismo que en las tarjetas de colores que les había comprado a sus amigos en las tiendas de turistas.

El corazón se le oprimió al ver el edificio; le pareció más grande, más oscuro y más frío.

Faltaban sólo dos días para el debut; tendría tiempo para ensayar, arreglar el camarín y sobreponerse a aquel espanto que sentía dentro de sí. en un rincón muy apartado de su ser.

Un día después llegó el resto de la compañía, y en ella muchos jóvenes conocidos con los que había trabajado en París, precisamente el invierno anterior, entre ellos un muchacho por el que sintió regocijo al ver. Se habían encontrado algunas veces ya y se habían profesado mutuas simpatías, y ahora, al hallarse sola, creyó necesitarlo.

Aún trabajaba allí Sergio, el chico que conoció hacía ocho años cuando sólo era ayudante del jefe de los empleados; ahora, ya un hombre, era el di-

rector del circo, serio como antes y con la misma reputación esmeradísima.

Claudette se alegró al verle, no por lo que había conocido de él, sino por la ayuda que podría prestarle respecto al trabajo. Recordaba que él había estado un poco enamorado de ella la vez anterior, cuando todavía era una niña y los domingos por la noche la obsequiaba con cincuenta gramos de bombones.

Claudette no había podido ensayar antes del día del debut y sólo dió un repaso unas horas antes de la función. En el ensayo no había estado lo suficientemente bien como para sentirse tranquila a la hora del trabajo. Sergio se había encargado personalmente de ponerla el alambre, y después ella, en su camarín, mientras se cambiaba, pensó en él recordando que allí, en Lisboa, había cumplido sus catorce años y su padre le regaló un par de medias, las primeras que había de ponerse, y fué tal su regocijo que se las había enseñado a toda la compañía; pero unos días antes de irse, una de ellas había desaparecido de su camarín, y había llorado de rabia.

Trabajando después en Barcelona se enteró que el empleado se las había llevado como un recuerdo, y ahora todavía conservaba parte del rencor que sintió por él por haber destruído una de sus primeras ilusiones de mujer, la de llevar medias de seda.

También estaba recordando lo desagradable que había sido el ensayo. ¡Habían sido tantos los que habían solicitado la pista! Y ella no era precisa-

mente la preferida, teniendo que aprovechar la hora en que todos se habían ido a descansar antes de la función.

Había pasado frío. El enorme circo desierto era inmenso, y recordó a su padre, mirando a su alrededor. Le dió miedo aquel vacío, la distancia de los asientos, la grandeza del edificio.

Había evocado las grandes personalidades que habían pasado por allí desde la primera función de circo dada en 1891; alguien se lo había dicho, como le habían dicho los nombres de las personalidades circenses que se habían destacado, y no sólo de circo, sino de cualquier clase, tales como la bella Geraldine, Ruth Ride, hermanas Rubio, Miss Quincy, que saltaba desde toda altura a un pequeño tanque de agua; Isaura Díaz, la bailarina Lea Niako, que asombró a Lisboa con su arte y su belleza. La canzonetista española Mary Facela, la popular creadora del «Relicario»; Loie Fuller, célebre danzarina que llevó los primeros «Bailes de Luz»; Rita de la Plata, Alamar y Máximo, célebres alambristas. Los mundialmente famosos «Codonas», llamados «Aguilas humanas». Hasta Manolo Bienvenida, «el papa negro», había toreado allí, con doce años, dentro de una jaula.

Pensando en las maravillas de que aquella pista fuera testigo y repasando la cantidad que habrían, sintió un miedo horrible, temiendo el más posible de los fracasos.

El último nombre se le había quedado grabado en el cerebro como una espada que pende del te-

cho de nuestra habitación. Ese nombre era el de Con Coleano, el más grande, aristocrático y completo alambrista de todos los tiempos, que no hacía mucho había trabajado allí. Todavía ella creyó percibir en sus oídos el ruido de los aplausos y las aclamaciones que los portugueses, como en el mundo entero, otorgaban al alambrista australiano.

Se había cubierto los oídos para no oír, después la cara y había roto en llanto.

Sergio, que la miraba desde abajo, creyendo que el recuerdo del padre había acudido a ella, se acercó y, acariciándole la punta de la zapatilla, exclamó:

—El te puede ayudar ahora más que nunca, y él estará contigo aunque tú no lo veas. Ten fe.

* * *

Todo aquello lo repasaba ahora su memoria mientras se arreglaba para la función del debut. Quería ahuyentar los recuerdos de su mente, pero no podía y cuando menos lo esperaba, distraída, volvía a vivirlos todos nuevamente con su imaginación.

El Coliseo de los Recreos, completamente lleno de gente y con luces encendidas, resulta uno de los circos más hermosos, convirtiéndose en el sueño de todo el artista que quiere hacer honor a su arte.

La orquesta está colocada en el escenario y domina todo, llegando a la pista los sonidos de los instrumentos calmados y tenues, en forma ideal, para acompañar el número sin molestar a nadie. Los tra-

jes negros de etiqueta ponen una sombra elegante en la butaca. El murmullo general en la sala es como un perfume caro que se extiende sin precipitarse, pero profundamente. Los artistas se movían de uno a otro lado preparando vestuario y aparatos y probando diferentes ejercicios para calentarse.

Claudette, sola en su camarín, temblando de nervios, trataba de organizar sus cosas mudándolas de uno a otro lado sin más motivo que el de ocuparse por no pensar en lo que le esperaba.

En el ensayo no había estado bien, el miedo había impedido lo que tendría que realizar por la noche con miles de espectadores viéndola.

Al ponerse las zapatillas las encontró descosidas. ¡Qué horrible! Nada menos que en una noche como ésa, precisamente ésa; pero siempre ocurre así, y con el trabajo que le costaba pasar la aguja a través del material cubierto de resina. Odiaba las zapatillas. Le hubiese gustado trabajar descalza, tendría una preocupación menos. Ya lo había probado, pero se le destrozarían los pies; cosía con dificultad, pero consiguió unir la pequeña abertura que la fuerza del roce había conseguido abrir. Unos toquecitos en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—Adelante —exclamó espontánea.

Sergio penetró. Sus ojos negros, de mirar profundo, se clavaron en ella.

—Quería decirte que no tienes que preocuparte por nada; saldré esta noche contigo y cuidaré que todo esté en condiciones. Si algo desearas cambiar

que te molestara, la luz, algún cable o cualquier otra cosa, sólo tienes que hacerme una seña.

—Gracias, Sergio. ¿Cómo aprendiste tan bien a hablar francés? Recuerdo que antes no lo hacías y nos entendíamos casi por señas.

El sonrió:

—Estuve en Africa y luego lo estudié aquí.

—Sergio, si todo sale bien, después de trabajar iremos a tomar una «jinga», una por mi padre y otra por esta noche.

Los ojos de él se iluminaron y, al salir del camarín, silbaba un fado alegre.

Poco antes de trabajar, Claudette ya esperaba ante la puerta de salida con un albornoz echado sobre los hombros haciendo punta de pies para calentarse. Hacía frío y la puerta del escenario dejaba pasar una corriente desagradable. El joven artista conocido en París se le acercó con algo de ironía en la sonrisa.

—Supongo que te encuentras bien.

—Perfectamente. ¿Por qué no iba a encontrarme bien?

Se frotaba las manos con ademán nervioso. El acentuó la sonrisa.

—Pues no lo pareces. Pero no te preocupes, no vale la pena esmerarse. Dicen que por aquí ha pasado lo mejor; así que, por mucho que hagamos, no lo van a reconocer. Ten calma... y suerte.

Claudette sintió un frío que le recorrió la espalda, se humedeció los labios, teniendo la boca seca. Le había sido desagradable oír las palabras del

amigo. Hubiese preferido otras. Fugazmente pasó por su memoria el recuerdo de su padre, quien antes de salir solía decirle :

—«Sonríe, reina, que los vas a dominar. La pista y el público van a quedar en tus manos, vas a hacer con ellos lo que quieras. Si eres la única, a ver, que lo vea yo; después te voy a comprar lo que quieras.»

Ella sonreía llena de confianza conquistada por las palabras de aliento.

Esa noche lo echó de menos, pero no lloró como cada vez que lo recordaba. Trataba de distraerse. Sonrió y alejó el frío de su espalda.

La empresa no esperaba mucho de ella a juzgar por el anuncio breve.

Le temblaban las piernas, pero logró dominarse.

El magnífico vestuario que su padre le mandara hacer en París para su debut en el Medrano hizo su efecto y le aplaudieron la presentación.

La gracia del andar al dar la vuelta por la pista, el aristocrático movimiento de las manos y el pelo maravilloso con reflejos dorados, sin ser rubio, y toda ella adornada por la blanca sonrisa de su boca, conquistó al público, aunque de momento sólo fuera como mujer.

Al lado de su banquina, esperándola, estaba Sergio. Sus expresivos ojos negros no se apartaban de ella. La ayudó a subir y, al hacerlo, le dijo :

—Ahí va la más grande de las artistas.

El había escuchado las mismas palabras al padre

cuando ella sólo intervenía en el número de malabares.

Los primeros pasos en el alambre fueron de baile. La música, escrita especialmente para su número, acompañaba cada uno de sus movimientos añadiendo gracia a la gracia incomparable de su cuerpo.

Balanceábase su vaporosa faldita de gasa blanca, que ella sabía sacudir con estremecimientos de cisne.

Al terminar la primera parte, el público la aplaudió calurosamente y unas exclamaciones de entusiasmo se oyeron en la parte alta.

Su corazón se ensanchó un poco, facilitándole la respiración. Invadió su cuerpo una nueva energía.

El miedo había desaparecido y sólo el ansia de triunfar la dominaba. Le pareció sentir una protección divina sobre ella y se imaginó que sus palabras la sujetaban por la punta de los dedos; tan segura y liviana se sentía.

Los ojos de Sergio la seguían y había una oración muda en sus labios.

En la segunda parte ella se acostaba en el alambre, daba unos pasos de rodilla, jugaba con cuatro pelotas, andaba de punta de pie muy deprisa, saltaba con una cuerda forrada de flores, después sólo con un pie daba saltos entre piernas y finalizaba con una rondada bien hecha y el salto de la banquina. Saludaba con la típica elegancia de una «ballerina» y el público rompía el silencio de entusiasmo contenido con la furia de unos aplausos desbocados.

Pequeños diamantes salpicaban su frente y la parte superior del labio sobre el rosado maquillaje.

El aplauso fué largo. Los de primera fila, por no poder hacer más ruido del que había ya, la saludaban con la cabeza aprobando la calidad del trabajo.

Claudette estaba deseando llegar a su camarín.

Quedaba lo más difícil, lo que más sentía, el mortal. ¿Cómo le saldría? Era el final y le preocupaba. Pensó en el Angel de la Guarda que tenía en el baúl, último regalo de su madre al cumplir ella los diez años. A él le pedía lo que quería, y muchas de las cosas se las había dado. Quizá por ser ésta la más importante se la diera también.

De nuevo se lanzó por el alambre. Había solicitado que la anunciaran como se merecía el truco, pero sólo dijo la locutora:

—Mademoiselle Claudette va a dar el salto mortal sobre el alambre. ¡Atención!

Dió unos cuantos saltos antes, el público guardaba silencio y la orquesta también callaba, oyéndose sólo un tímido repiqueteo con el tambor, que aumentaba paulatinamente a medida que avanzaba el tiempo. Ella se paró en medio del alambre, buscó el equilibrio, hizo un ademán con los brazos, una especie de aleteo y dió el mortal alto y engrupado. Cayó en el alambre, perdió el equilibrio y anduvo vacilante hacia atrás, para después caer al suelo. No por eso el público se desilusionó, sino que aplaudió con afecto.

Sergio la ayudó a subirse a la banquina. Estaba seguro que a la segunda vez le saldría bien.

Ya arriba, Claudette mandó que lo templaran

un poco y se lanzó al centro. Una leve murmuración invadía el ambiente. Pensó en Dios y saltó.

Perfecto.

Se preparó de nuevo y dió otro salto más alto todavía.

La guirnalda de luces en colores que rodean los palcos se encendieron, y el aplauso fué frenético. Ella no lo entendió. Se dejó caer al alambre sentada, para lanzarse al suelo en una preciosa pirueta.

Una parte del público se puso en pie y hubo gritos de admiración acompañados por el enorme aplauso de una audiencia entendida. Tres veces salió a saludar obligada por la ovación, y la última dando una vuelta a la pista. Levantáronse hombres y mujeres a su paso.

Las lágrimas pugnaban por saltar de sus ojos y ella luchaba por contenerlas. La locutora se le acercó para entregarle un ramo de claveles pálidos, saludó una vez más con la mano y se alejó.

Alguien colocó el batín sobre sus hombros.

Michel, el francés, la esperaba en el vestíbulo para rodearla con un abrazo.

Artistas y empleados la felicitaban. Sergio, que la esperaba en el escenario, se le acercó tímidamente y, al preguntarle ella si le había gustado, sólo pudo balbucir en portugués:

—Moito ben...

Luego se llevó una mano de ella a los labios y la besó.

La joven la retiró con brusquedad para retirarse rodeada de amigos.

Al quedar sola en el camarín se contempló en el espejo. Tenía encendidas las pupilas, y las mejillas, rojas. Se fijo en el ramo, acariciando uno de aquellos claveles españoles. Después leyó la tarjeta.

— ¡Bah, es de Sergio! —murmuró con indiferencia, y el ramo perdió valor para ella.

Esa noche salió con toda la compañía, bebieron y rieron, cantando tonadillas de circo hasta tarde. Sólo Sergio, que aguardaba lo prometido, se había quedado en el circo contemplando las crucetas del alambre y pensando en las veleidades humanas.

Pasaban los días. Claudette, al ver su éxito, cambió la pensión donde se hospedaban por un hotelito nuevo. Se compró ropa y sonrió al ver que habían agrandado su nombre en los carteles.

Hubo de hacerse fotografías en cantidad, recibía cartas de todas partes y muchos iban a su camarín personalmente después de su actuación.

Todos la alababan. Supo que el encenderse las guirnaldas de luces en colores significa una distinción no concedida a menudo. Hacía años que no se la había merecido ningún artista. No cabía en sí de alegría.

El entusiasmo que Michel había sentido por ella los primeros días, se esfumó. Ahora andaba con una de las saltadoras árabes que tenía un cuerpo perfecto, y a los franceses les gustaban los cuerpos perfectos.

Ella, sola, se iba todos los días a visitar la ciudad. Sola había subido al castillo de San Jorge. La vista era preciosa, toda la ciudad quedaba extendi-

da a sus pies. Había aprendido de su madre a visitar los sitios famosos de los países en que actuaba; el éxito no había conseguido alejarla de sus costumbres.

Admiraba las ruinas de la iglesia del Carmen, uno de los pocos edificios que quedaron en pie después del famoso terremoto.

Se imaginó la vida de los habitantes del castillo en su época, y se vió a sí misma con una larga trenza dorada esperando en la ventana la llegada de la noche para que su amante trepara por ella.

Jugó con los cisnes y los pavos reales blancos, que huían de su mano amiga. Hablaba con cariñosas palabras a las palomas que arrullaban en el patio, deseando tener alguien ella con quien hablar.

Visitó la maravillosa Estufa Fría, una selva aprisionada en una gran ciudad. Siempre sola, había recorrido los pasillos de piedra, mojados por la lluvia de la mañana. Las plantas traídas desde lejanos países tropicales la entretuvieron largo tiempo.

Lisboa había conquistado su corazón.

En el circo se convertía en la artista vigilada siempre por aquellos ojos negros que sombreaban toda su persona al querer protegerla de un mal que no existía.

Algunas noches, después de la función, en compañía de amigos artistas, se iban a salas de fiestas y visitaban sitios típicos como el «Naucastrineca», donde se comía «caldo verde» mientras se oían cantar fados viejos y sentimentales.

En uno de aquellos sitios en que se bailaba des-

pués de la cena se encontró con Sergio. Para él no pareció muy casual el encuentro. A ruegos de sus compañeros se incorporó a la mesa.

Sus ojos profundos y tristes no se apartaban de la personilla francesa que tanto encanto tenía. Ella, atribuyéndose la pena, aprovechó una de las veces en que quedaron solos para decirle:

—Sergio, si quieres bailar, a mí me encanta.

—¿Por qué no? Creí que no te gustaría bailar conmigo, por eso no te invité antes.

La enlazó por la cintura acariciando la mano que sostenía.

—Claudette, ¿por qué me aborreces tanto?

La alambrista desvió la conversación.

—¿Trabajas siempre en el Coliseum desde que te conocí?

—Aparte del tiempo que estuve en Africa, sí, y te sigo queriendo como antes.

—No me interesa saberlo.

—Claudette...

La música había terminado.

Parecía que habían empezado ayer y sólo faltaban tres días para terminar.

¡Qué rápido se sucede el tiempo después del debut!

El debut es siempre lo peor. Después el trabajo es fácil, casi monótono.

Había visto lo mejor de Lisboa y su corazón se le había embriagado con la belleza. Sentía irse. Nada odiaba tanto como marchar de algún sitio. No le hubiese importado prorrogar allí.

Una tarde Michel entró en su camarín; parecía querer decirle algo, la miraba de arriba abajo mientras ella repasaba unas lentejuelas.

—¿Vas a algún sitio esta noche, Claudette?

—No, nadie me ha dicho nada. ¿Teníais algo planeado?

—Ella había levantado la cabeza, y su rostro, sin maquillar aún, denotaba la belleza española de su madre, mezclada con el encanto femenino parisien- se. El hombre se acercó más.

—¿Te gustaría salir esta noche conmigo?

—No sé si podré. He salido mucho últimamente y debo escribir algunas cartas.

—No importa; podemos estar en tu habitación y celebrar en intimidad nuestro segundo encuentro.

La joven tardó en comprender, pero cuando lo hizo se puso en pie de un salto para decir con los dientes apretados:

—Creo que me has confundido con una de esas chicas con las que acostumbras a hablar. Vete de ahí, no me gustan tus insinuaciones y me has demostrado ser peor de lo que pensaba. ¡Hala, a fuera!

Una vez hubo cerrado la puerta tras él, Claudette lloró por todo lo que le rodeaba.

Se anunció mucho la despedida de la compañía y, más que nada, la de la alambrista «que había conquistado a los portugueses».

Ella lamentaba tener que irse de allí para tener que empezar de nuevo. Vendría otro debut y el miedo angustioso de siempre. Sabía que la fama,

aquel nombre en rojo que resplandecía en los carteles, quedaría olvidado tan pronto como ella volviera la espalda. Otro nombre, a continuación, cubriría el suyo.

La vida artística es una fantasía que sólo tiene realidad durante la presencia, después todo se esfuma como una voluta de humo.

Al irse de un sitio queda enterrada la imagen en la ausencia; el recuerdo que únicamente existe en los empresarios y viejos aficionados sólo reaparece fugazmente en ciertas ocasiones comparativas y deja de existir al terminar la conversación.

Claudette pensaba en todo ello, y la idea de que nunca más sería feliz en el circo no dejaba de atormentarla.

Sabía que había llegado a la cúspide del arte y que alcanzaría la gloria que para ella deseaba su padre. Luego, ¿qué?...

Después de la interrogación sólo quedaba el consuelo de recordar y sufrir por lo que se fué.

No; y se aseguró que en la primera oportunidad dejaría el alambre.

Esa tarde, al llegar al circo, tropezó con Sergio. Fué la primera vez que le sonrió con afecto, tanto, que él se ofreció para acompañarla hasta la puerta de los artistas.

También era la primera vez que no subía sola aquel callejón oscuro y desierto. Al verla jactarse él la ayudó empujándola suavemente por la cintura. Claudette valorizó la compañía de un hombre y, al llegar, le dió las gracias en portugués.

—Nuestro idioma parece más bonito en tus labios.
Fué tímida la expresión.

En su camarín pensó en él. Era un hombre pulcro y elegante, honrado, bueno para sus inferiores, inteligente y trabajador, de aspecto agradable, casi interesante, con su cabello negro bien peinado hacia atrás. Le atraían sus ojos y el modo de mirar increíble y profundo, tratando de analizar el alma.

Por la noche soñó con él algo respecto al trabajo y al circo (siempre soñaba con el circo) y él, él que estaba en todas partes queriéndola ayudar.

El día de la despedida fué triste para ella. Se había hecho famosa en todo Portugal, había recibido cartas pidiéndole retratos, quienes sólo la conocían por periódico, ya que la estela de su triunfo había tocado los rincones más apartados. Con todo y eso, había que irse. Ella se llevaría el alambre y el nombre, y lo que allí quedaba de su vida desaparecería poco a poco.

Jamás había tenido confianza en el mañana, le temía. No era como hubiese querido ser. La soledad en que se encontraba le causaba horror...

Fué al circo antes que nadie y se sentó en una butaca, contemplando con tristeza aquel circo tan grande, cuya arquitectura perfecta lo había hecho el mejor de Europa.

Hacía frío, como siempre que no había gente. Tenía las manos heladas.

Los aparatos, solitarios en lo alto, le parecían esqueletos de circo víctimas del frío y la soledad, que

readquirirían vida cuando la luz de los reflectores y el calor del público se la dieran.

El palco real sobre la puerta principal, adornado con cortinas de terciopelo rojo emblanquecido por el polvo, estaba abandonado con la sombra indestructible de la vejez. Siempre solo a pesar del lujo, sin la sonrisa de la vida, tal como su alma.

Un poco más tarde, tres elefantes de diferente altura, feos y sucios, hicieron crujir la madera de la pista cuando su domadora, una alemana joven y guapa, les hacía ensayar nuevos pasos.

Claudette no se movió, observando a los animales, que se movían jadeantes obligados por la orden seca y el cosquilleo del látigo que rascaba la piel desagradablemente haciéndolos andar al compás que la alemana quería.

Sergio entró en ese momento; al verla tomó un asiento a su lado, no sin antes pedir permiso.

—¿Despidiéndote del circo?

—Sí, del que no me iría nunca.

—Es fácil quedarse.

—Más lo es irse aunque se rompa el corazón.

—Algunos corazones de los que se quedan se romperán también.

Los dos respetaron un largo silencio, interrumpido sólo por la respiración agitada de los animales.

* * *

El público gustaba ver por última vez a sus artistas favoritos. El enorme Coliseum se llenó hasta

quedarse mucho público en pie por no haber más sillas; así que los pasillos quedaron abarrotados, costumbre en Lisboa, no quedando más espacio que el del redondel alfombrado de la pista.

Claudette quiso estar radiante en su última noche en Lisboa y tomó tiempo.

Antes de salir se puso muy nerviosa. Estaba impresionada por un mal presentimiento que tenía allí adentro, muy profundo, en su corazón. Nada le hubiera importado morir, incluso le agradaba la idea. Tardarían más en olvidarse de ella. Siempre ocurre cuando uno desaparece trágicamente.

Sergio estuvo a su lado. ¿Tendría él el presentimiento también?

El temblor que ella sintiera no fué obstáculo para trabajar mejor que nunca y los aplausos finales hicieron retumbar el edificio.

Dos ramos de flores le fueron entregados, una cesta grande la empresa y los pálidos claveles de Sergio.

Prometió las flores a la Virgen de Fátima.

Lloraba en la pista al tiempo de lanzar amistosos saludos al público, el cual, observando la emoción de la artista, se ponía en pie. Al fin se alejó porque no podía contenerse, para romper en un amargo llanto tan pronto se vió sola.

A medida que se iba despojando del pequeño traje de gasa blanca y guardándolo, lloraba. Se vistió... Siempre ocurre algo cuando uno desea terminar antes. ¡Maldita media! ¿Dónde habría ido a parar? Lo mismo le ocurrió la otra vez. Se quedó

pensativa. La última vez se la había quitado. Se puso los zapatos y arrancó las camelias blancas de sus cabellos.

La compañía se iba ya y vio a Sergio que le daba las buenas noches con un brillo travieso en los ojos.

Se puso la gabardina, olvidándose de las medias y forjando una fantasía en su mente. Cerró la puerta y salió corriendo haciendo caso omiso a la llamada de algunos compañeros.

«Tendré una casa. ¿Qué importa si no me aplauden más...?»

Ya en la calle vio a Sergio que se alejaba rápidamente bajo una lluvia fina y espesa.

«No tengo padre ni madre ni ningún familiar que me importe; de esta manera tendré un hombre que me quiera y mire por mí...»

Le llamó y, como no recibiera contestación, corrió tras él.

— ¡Sergio, Sergio, espérame!

Sabía que él la oía, pero no paraba. La lluvia le mojaba el cabello, que se le adhería a la cara borrando así el llanto que le cubría las mejillas.

— ¡Sergio!

— La gente la miraba desde los cafés sin comprender.

— ¡Por favor, Sergio!

La calle empedrada, resbaladiza por el agua, la obligaba a pararse para no caer.

«Y no habrá más debuts y más idas; estaré quieta en un sitio...»

«El es sincero y yo espero quererle mucho pronto...»

Al fin, en una esquina desierta, alumbrada por un farol, el hombre se detuvo.

—¡Oh, Sergio! —sollozó ella.

Y él, en un ademán rápido, la rodeó con sus brazos, después la miró y comprendió lo que ella había estado pensando.

Cogidos del brazo se alejaron bajo la lluvia, mientras él acariciaba la segunda media.

—«No más debuts ni más partidas...»



EL MUÑECO CON ALMA

BUENAS noches, Tontín.

—Hola, muchacho, ¿qué tal estás?

—¿Qué tal, hombre? ¿Terminaste ya de trabajar, Tontín?

Nadie saludaba al viejo ventrílocuo, todos se dirigían al muñeco cuando éste, en brazos de su amo, entraba en el café. Era un café popular donde se reunían artistas y empleados después de la función.

Tontín era el amigo de todos, con su sonrisa de sátiro y sus enormes ojos de cristal que solía dirigir hacia la persona con quien hablara.

La gente terminaba por olvidar la presencia de «El hombre de las dos voces». No les interesaba,

era un hombre absurdo, de carácter apagado y poco amable, aparte de ser tristón y un poco aburrido. En cambio, su muñeco, el popular Tontín, era simpático y tenía salida para todo. Dondequiera que trabajase se ganaba la admiración del público. Solía burlarse hasta de su amo y tenía mucha gracia cuando pronunciaba su nombre, que tenía algo de francés.

Los que les conocían no comprendían el caso del ventríloquo y su muñeco.

—No bromas esta noche —había dicho Tontín por toda respuesta a los saludos cuando entraba en el café.

—El señor Ferdinand está de mala..., de eso blanco que se pone al café.

Los hombres allí reunidos se reían bárbaramente.

El ventríloquo seguía serio, parecía enfermo. Tontín prosiguió hablando bajito, como si quisiera que su dueño no se enterase.

—¿Habéis visto la trapecista que ha debutado hoy? Qué mujer, parece una diosa.

Guiñó un ojo. Un joven que le miraba entusiasmado, chasqueó la lengua:

—Sí que es toda una mujer esa miss Geny. Y el nombre que tiene..., si parece de dulce. Está que hasta al señor Ferdinand se le clarean los ojos cuando la ve.

—Por favor, Tontín, cállate!

La voz del viejo parecía afable al dirigirse a su muñeco, condescendiente. Lo adoraba, pero a veces, cuando éste le molestaba demasiado, parecía

sentir por él un odio mortal y le palidecían las aletas de la nariz.

—No te pongas así, hombre; aunque seas algo viejo, también tienes derecho a que te guste alguna chica, ¿no?

—Tontín, calla, hijo.

Los concurrentes miraban al muñeco con curiosidad y reían.

—¿Quieres cerveza?

—No; ya sabes que ni bebo, ni como, ni nada; pero si vieras lo que pienso... Vámonos de aquí a tomar el fresco.

Siempre con el muñeco en brazos, paseaba por las calles semioscuras. Las pocas personas que se cruzaban con ellos los miraban con curiosidad.

—Parecen tontos, ¿verdad?

Cuando el ventrílocuo se cansaba de pasear su tristeza, marchaba al hotel.

Jamás se apartaba de su muñeco. Lo dejaba en la habitación donde durmiera, lo llevaba a comer, al café y, cuando viajaban, Tontín iba acostado en maleta, bien arropado. A veces se quejaba y el viejo artista, todo cariñoso, lo sacaba de su prisión. El muñeco respiraba fuertemente.

Transcurrían los días de trabajo en aquel circo. El espectáculo era ameno y variado, el público acudía con frecuencia. Todos estaban contentos.

—¿Qué tal, señorita Geny, mucho trabajo?

—Hola, sí, estoy acostumbrada.

—Buenas tardes, señorita.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Qué pasa, Geny?

—Ya ves, al circo otra vez. ¡Oh, pero si está aquí Tontín! Buenas, jovencito.

—¡Hola, guapísima; más que guapísima, reque-teguapísima!

La mujer sonrió.

El ventrílocuo callaba.

—Tú siempre con tus cosas, niño.

—Y con las tuyas, que las sabes pasear.

Los ojos del muñeco se cerraban y abrían con gestos malcriados.

Ahora la trapecista reía.

—Desde luego, eres encantador. ¿Cómo está usted, señor Ferdinand?

Tontín contestaba por él:

—El está bueno, pero con esa cara nadie se lo cree, ¿verdad papá?

El hombre parecía avergonzarse.

—Calla.

—Pero, ¿es que no dices nada, chico?

Los artistas se habían unido a Geny rodeando al muñeco, con quien reían abiertamente.

—Cuando tú entras aquí ya no trabaja nadie.

—Si el que los paralizas eres tú con tus gracias.

—Y tú me paralizas a mí, que ni como, ni duermo, ni nada.

Cuando ella se alejaba, los ojos del muñeco parecían seguirla; después, exclamaba:

—¡Qué bien está la trapecista!

La risa era general.

Cuando la gente se hubo dispersado, el ventrílocuo riñó al muñeco:

—Me pones en un aprieto, ¿por qué dices esas cosas tan irrespetuosas? La señorita Geny es una muchacha muy seria y eso no está bien.

—¡Bah, no hay mujeres que no les guste que les digan cosas, y tú sabes que yo siempre les digo! ¿Te acuerdas de aquella que...?

—Sí, sí, no me la recuerdes; en menudo lío me metiste.

La cabeza del muñeco se volvía hacia el ventrílocuo y le hablaba bajito, en secreto:

—Oye, ¿a ti no te gusta la trapecionista?

—No como tú crees; me gustaba su madre, a quien conocí cuando tenía la edad de Geny ahora.

Al viejo le llovían lágrimas.

—Su hija tiene la misma cara, el mismo cuerpo, es igual que era ella.

—Pues díselo.

—Pero si se lo dices tú.

—Sí, pero tú no quieres.

—Da lo mismo, Tontín; no está bien que a mi edad piropee a las chicas.

—¿Qué importa la edad?

—Calla, calla...

La expresión de Tontín era grosera.

El circo, en su andar lento de caracol, movíase como un animal inquieto, desplegando velas y plégandolas de nuevo, abatido por el viento de la vida que arrastra su frágil embarcación, en la marea

de pueblos y ciudades con mejor o peor oleaje, según el ánimo del tiempo.

Pasaban las semanas.

El ventrílocuo y su muñeco no se perdían ninguna actuación de la trapecista. Sentados en la grada cuando no estaba lleno, y cuando la gente lo impedía, a través de las cortinas. Y al entrar la trapecista agitada y sudorosa, se encontraba con las insinuaciones de Tontín, que le hacían gracia.

—Has estado muy bien, pero que muy bien.

Y chasqueaba la lengua.

Un día parecía un día triste y oscuro en un pueblo grande. Las mariposas negras, presagiando un mal feo, volaban en la cúpula del circo, y aun con música se podía percibir el aleteo terrible de sus alas vampiras.

La trapecista cayó.

Habíase alejado un momento su ángel y las mariposas negras que aguardaban esparcieron en el aire las semillas de la muerte, que no fueron fértiles, y aun quedando el cuerpo inmóvil en el centro de la pista, la caída no fué mortal.

El muñeco pareció palidecer, y un grito espantoso y áspero se escapó de su boca horrible. Al ventrílocuo le temblaba la mano que sujetaba la cabeza del muñeco, que se movía como un péndulo roto. Se quedaron quietos los ojos de vidrio.

Trajeron el cuerpo brillante de lentejuelas, y la joven, en un esfuerzo doloroso, le sonrió al muñeco:

—¡Pobre Tontín!

La música estrepitosa del circo rompió la angustia del público, y el señor Ferdinand salió a trabajar.

Tenía las dos voces roncadas. Comenzaba el número que tenía que hacer reír.

—Bueno, Tontín, supongo que demostrando la educación que he tratado de darte, saludarás al distinguido público correctamente.

—¡Hola!

—Pero, hombre, ¿sólo eso se te ocurre?

—¿Y qué más quieren?

El director de pista estaba nervioso.

—Bueno, Tontín, habrás visto que esta noche hay muchas damas en el circo. ¿No les vas a decir nada?

—Que son muy guapas, ea.

El ventrílocuo le tocó en el hombro disimuladamente.

El público empezaba a murmurar.

—Estoy apenado —exclamó, de pronto, el muñeco.

—Calla —dijo bajito el ventrílocuo, creyendo que se iba a referir a la caída.

—Estoy apenado porque me tengo que ir de la fonda.

El ventrílocuo respiró, y el director de pista, también.

—Bueno, Tontín, ¿pero por qué tienes que irte de la fonda? ¿No tienes dinero?

—No, no es por eso; es que, mira, todo lo que pasa en la fonda mal, me echan la culpa a mí.

El muñeco estaba sentado sobre la rodilla del señor Ferdinand, cuya pierna se apoyaba en una silla, y al hablar miraba al público y guiñaba los ojos; también al ventrílocuo cuando éste le hacía alguna pregunta. Sus gestos eran graciosos.

—Bueno. Pero, ¿por qué te echan la culpa a ti de todo lo que pasa? No lo comprendo.

—Yo qué sé; me tienen envidia porque soy más guapo y la cocinera me da siempre la mejor tajada. Fíjate, ayer se rompió un plato y en seguida me echaron la culpa a mí.

Miraba al público interrogativamente causándoles risa.

—Otro día se quemó el arroz y también me echaron la culpa a mí; así que estoy desesperado y me voy, pero que me voy.

—Pero, Tontín, todo eso yo comprendo que es muy desagradable, pero no es suficiente para irte de una fonda tan buena.

—Sí, pero es que ha ocurrido algo grande.

—¿Y qué es ello?

—Que anoche el ama de la fonda ha tenido un niño.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que a lo mejor también me echan la culpa a mí.

La risa se hacía general, olvidándose por completo de la tragedia ocurrida un poco antes.

Tontín volvía la cabeza a todos lados; parecía observar a las gentes cuya risa se prolongaba. El muñeco estaba pensando.

El ventrílocuo continuaba serio, y allá dentro, la trapecista, acostada en una camilla improvisada, era asistida por dos médicos que se habían presentado espontáneamente.

Sólo tenía un lado de la cadera fracturado, pero ella lloraba amargamente. Reaccionaba ahora de lo que podía haber ocurrido, y le causaba decepción haberse caído ella, que tan segura creíase allá arriba.

Algunos compañeros la rodeaban tratando de consolarla.

El médico más joven se quedó a su lado.

—Está mejorcita, ¿verdad que no fué mucho?
—preguntó Tontín una vez dentro al final de su número.

Ella gemía; se cubrió la cara con las manos, rompiendo a llorar.

Tontín se quedó abandonado por su amo, que lo dejó toda la noche acostado sobre el baúl. Era la primera vez que no le llevaba a casa.

El muñeco quedó triste y, habiendo sido dejado con rapidez, su boca quedó entreabierta, en una siniestra mueca de dolor. Los ojos inmóviles y brillantes que miraban interrogativos al frente completaban el aspecto repugnante e indescriptible.

Miss Geny no tuvo que ser hospitalizada, pero sí guardar cama unos días.

El ventrílocuo y su muñeco, como los demás habían hecho ya, la fueron a visitar una mañana.

La muchacha estaba más animada.

Tontín parecía inmensamente triste; el señor Ferdinand, como siempre.

—Hola, Geny, ¿cómo estás?

—Bien; hola, Tontín. En unos días estaré allá arriba de nuevo. Estás muy serio.

—Todo el mundo está serio. Hasta al público le cuesta trabajo reír. ¿No ves que no estás tú?

Callaron. Tontín suspiró:

—¿Sabes que ha venido mucha gente preguntando por ti? Todos tus admiradores, chicos jóvenes y guapos.

La trapecista sonrió alegremente.

—Yo me encuentro muy solo, Geny...

A esa exclamación el ventrílocuo acudió muy rápido.

—Tontín es tan elocuente que no me deja hablar. Quiere decir que todos estamos muy apenados por su caída y esperamos que esté pronto buena para que se una a nosotros.

—Gracias, señor Ferdinand; yo también lo deseo, pues no sabe mi angustia cuando por el reloj calculo la hora en que tengo yo que trabajar y no puedo moverme. Incluso siento la misma sensación nerviosa como cuando me preparo para mi número.

—Eso nos pasa a todos los artistas cuando estamos en la misma situación, hasta los que no pasamos del suelo lo sentimos. Nuestro oficio es muy raro.

—¡Qué guapa estás así...!

Las palabras dichas por Tontín con tanta rapidez y tan seguidas de las del ventrílocuo, sorprendieron a la trapecista, que lo miró casi asustada.

Seguía avanzando el tiempo. El muñeco estaba

triste y hasta malhumorado. El señor Ferdinand era el mismo.

—¿Qué te pasa, Tontín? Ya no haces gracia. ¿Quién te ha hecho cambiar? —preguntó el viejo empleado que conocía al «hombre de las dos voces» desde su comienzo.

—Tontín debe de estar enamorado y me está haciendo la pascua.

Su voz profunda denotaba cierto malestar contra el muñeco. Se acercó a él que yacía abandonado sobre el baúl, como siempre después de su actuación. Le levantó la cabeza, que se volvió hacia él mirándolos con aquella expresión incomprensible. Sus grandes ojos de vidrios parecían apagados.

—Tú lo has dicho, estoy enamorado.

Su boca no se abrió al pronunciar como ocurría en la pista, conservando una mueca fría, paralizada, y las palabras perdían calor, pero tenían algo de diabólicas.

—A veces no te comprendo.

—Ni yo tampoco. ¿Qué quieres?

El empleado viejo continuaba en pie, arrugando sus ojillos de lince, moviendo la cabeza compasivamente.

El señor Ferdinand acariciaba una mano de Tontín contemplándola como se contempla la de un moribundo.

—Pobre muchacho, de verdad que te compadezco. Yo que he tratado de darte todo el bienestar posible, de ser tu amigo, procura apaciguarte, que hemos vivido demasiado juntos para que haya nada

que se pueda interponer entre nosotros. Trata de comprender y seamos buenos compañeros nuevamente.

—No puedo, no puedo... —decía el muñeco moviendo la cabeza. Su voz era llorosa.

—Tengo una tristeza... No me hagas contar muchos chistes esta noche, no estoy para ello.

El ventrílocuo comenzó a beber. Se había creado una aureola de antipatía a su alrededor. Le miraban con cierto miedo los que antes habían simpatizado con él; parecía que estaba loco. Se pasaba el día solo, deambulando por las calles, él que nunca se había apartado de su muñeco.

La trapecista trataba de evadir el tropiezo con él y evitaba su conversación. Lo veía envejecido y, efectivamente, en un par de semanas habíansele tornado más cabellos blancos que en los últimos cinco años.

Estaba hastiado de todo y por la noche íbase a pasear solo para poder beber, dejando a su muñeco querido abandonado y frío en la tapa de su baúl.

Un día todos creyeron que había enloquecido del todo. Los chiquillos habían despertado la curiosidad del circo, y cuando se acercaron a su camarín para ver lo que ocurría lo encontraron llorando sobre su muñeco, que aparecía destrozado como si hubiese mantenido una lucha fiera consigo mismo, por su soledad y desesperación.

—Me lo han roto —chillaba lagrimeando—. Alguien nos odia y desea mi ruina.

Los compañeros no hicieron mucho caso, creyen-

do que había sido él mismo quien había pegado al muñeco en una de sus borracheras.

La trapecista desistió de enterarse de lo que ocurría; le repugnaba todo lo relacionado al muñeco y su amo, presintiendo, quizá, que era ella la figura central de la tragedia que se estaba desarrollando en el alma del ventrílocuo y su muñeco, porque el muñeco tenía alma...

Un día era temprano para la función, el circo estaba solitario salvo un par de empleados que tomaban el fresco sentados en la puerta principal.

Miss Geny se acercaba con su andar elástico y seguro de atleta.

—Temprano, señorita.

—Buenas tardes, sí, temprano, pero tengo que forrar de nuevo las cuerdas del trapecio.

Los dos hombres admiraron las piernas de la mujer cuando ésta pasó.

—¡Qué cuerpo! —exclamó uno.

—No me extraña que hasta el señor Ferdinand esté loco por ella.

—Te equivocas, es Tontín, el pillo, el que se ha enamorado de la muchacha.

Los dos rieron groseramente.

En el interior del circo se respiraba el calor pegajoso de la tarde. Olía a serrín mojado recientemente. Había silencio.

Ese silencio de aparatos, de alfombras, de gradas solitarias y sillas torcidas. Silencio de circo, que es triste cuando falta la vida de la luz y del público.

Miss Geny entró en su camarín.

Una voz de pito fina y profunda llegó hasta ella procedente del camarín de al lado.

—Hola, señorita Geny, ya no saluda a nadie.

La trapecista quedó sorprendida un momento, pero luego se dió cuenta y sonrió contestando al tiempo de abrir el baúl.

—Perdone, señor Ferdinand; creía que no había nadie. ¿Cómo está Tontín hoy?

—Muy bien, pero estoy triste, guapa, muy triste.

—Ah, ¿eres tú, jovencito? Creí que dormías la siesta.

—¿Sabes, Geny? Tengo que decirte una cosa, pero no me como a nadie. Ven aquí, me gusta mirarte cuando hablo.

Ella estaba más reconciliada con el artista, la dominaba el buen talante y dijo:

—Sólo por esta vez voy a complacerte, porque tengo interés en preguntarte algo. Su voz ágil como sus piernas atravesaba los compartimientos de lona blanca donde se vestían los artistas.

Pidió permiso y entró.

Tontín estaba sentado, como siempre, en el baúl, con la cabeza vuelta hacia la puerta y los ojos muy abiertos.

Los grandes y azules de ella buscaron la presencia del ventrílocuo, sonrió, volviendo a mirar de nuevo a su alrededor.

—¿Dónde se ha escondido, señor Ferdinand? Vamos, que es usted muy grandecito para estas bromas.

Levantó las cortinas. El ventrílocuo no estaba.

Miró tras el baúl, tampoco. No oía su respiración.

Retrocedió aferrándose fuertemente a las cortinas que cubrían las puertas. Miró espantada al muñeco.

La boca grande de labios rojos y grotescos se entreabrieron un poco. La mujer palideció rápidamente sintiendo los latigazos del corazón que parecían ahogarla. No podía moverse; un miedo terrible la había paralizado.

—No me tengas miedo.

Era el muñeco el que hablaba. El muñeco solo. La trapecista estaba perdiendo el sentido.

Tontín estiró un brazo en ademán de sujetarla.

—¡Si supieras cómo te quiero no me temerías!

Un grito agudo, afónico, histérico y horrible rompió el silencio del circo.

La artista caía desmayada.

Los ojos del muñeco se cerraron un segundo para volverse a abrir, quedando con la misma expresión estática.

Cuando los empleados que estaban en la puerta llegaron corriendo, recogieron el cuerpo desvalido de la joven. Todo lo demás parecía normal.

Por la noche, al llegar los artistas al circo sintieron los sollozos dolorosos que salían del cuarto del ventrílocuo; algunos que seguían sintiendo afecto por aquel gran artista se acercaron a preguntarle qué le ocurría.

—Mi muñeco, mi amado Tontín ha desaparecido. Alguien me lo ha robado. Hace días que venía presintiendo mi ruina. ¡Dios mío! ¿Qué será de mí?

Nadie había cogido a Tontín. Lo apreciaban demasiado para hacerle ningún daño.

Buscaron por todo el circo, revolviéron baúles para tranquilidad del señor Ferdinand, que hasta llegó a sospechar de sus compañeros. Nada.

Más extrañados estaban al saber que la trapecista no había recobrado el habla, no podían adivinar lo que había ocurrido allí. Todo era muy raro.

El ventrílocuo no pudo trabajar y continuó llorando toda la noche, mientras la chica del trapecio seguía sentada en su silla al lado del tocador, donde la habían colocado, pasmada, contemplando su propia imagen en el espejo. Su mirada ausente y los ojos desorbitados.

Empleados y artistas se figuraban que algo había de común entre aquellos dos casos, pero no sospechaban qué.

Llamaron a la policía, que se llevó a Miss Geny al hospital, y el señor Ferdinand atravesó todas las calles por donde acostumbraba pasear con su muñeco, lamentándose en silencio de la pérdida fatal.

—¿Dónde estás, Tontín? ¿Qué ha sido de ti? ¡Vamos, vuelve! ¿No ves que quedo muy solo?

Algunos le miraban, creían que estaba borracho.

Su lamento triste cruzaba el aire negro de la noche.

Daban escalofríos verle andar lento, con la cabeza muy erguida, volviéndola constantemente a todos lados, buscando algo en la pena de su soledad. Las lágrimas rodaban por sus mejillas tan cansadas

ya, humedeciendo los surcos que los años habían formado.

Alguien le llamaba; paró en seco en una esquina. Un empleado corría tras él. Habían encontrado a Tontín tirado en el mar.

Ambos corrieron al muelle, que estaba detrás del circo. Había empleados tratando de acercar al muñeco con un palo largo.

Tontín yacía sobre las aguas oscuras floreadas de estrellas claras.

Los miembros querían apartarse del cuerpo, eso parecía. El sombrero, el que lo había hecho tan popular, medio bombín, se había alejado.

La luz de la luna reflejaba los trozos de trapo que se alejaban por diferentes caminos del agua.

El ventrílocuo lloraba en alta voz.

—Mi pobre Tontín, ya perdido para siempre. Ultimamente él no era feliz y yo sabía que iba a terminar así su vida, tan pobre e incomprensible.

Los empleados se miraban unos a otros sonriendo de las palabras quejasas del viejo.

Por fin consiguieron traer el cuerpo, pero se perdió un brazo. Demasiado lejos había ido a parar para tratar de alcanzarlo.

El muñeco tenía la cara arañada, las huellas de uñas habían abierto el cartón, que se desbarataba con la humedad.

El ventrílocuo tomó a Tontín en sus brazos apretándolo contra su pecho fuertemente.

El cuerpo de trapo muerto resultaba repugnante.

Sus miembros mutilados colgaban desprendidos balanceándose en el aire como pingajos humanos.

Los hombres allí reunidos se fueron por no contemplar aquella escena ridícula y lastimosa al mismo tiempo.

Al quedarse solo, el ventrílocuo quiso darle vida tratando de crear la voz afilada y déspota de Tontín, pero no pudo. Por vez primera en su vida el hombre de las dos voces sólo tenía una, la suya. Tontín no podía adquirirla porque estaba muerto.

Lo zarandeó, gritó. La vida se había alejado por completo del pobre muñeco; la misma vida que llegara a poseer no hacía mucho.

El hombre gimió:

—Yo sé que te has matado tu, Tontín, sólo tú, que no pudiste vivir más porque te enamoraste; porque no podías ser como nosotros y no soportabas la vida de otra manera. ¡Me has dejado tan solo, amigo mío! Tú no lo sabes. Contigo no solamente tu cuerpecito hecho por mí ha muerto; es mi otro yo, la parte de mí ser que no enseño, el animal que se esconde detrás de mí. Tontín, mi verdadera vida ha muerto. ¿Para qué te quiero así? Ya no soy nadie, ni nadie quiero ser. Yo también desapareceré poco a poco, iré muriendo dentro de mí...

Se acercó de nuevo al muelle, cara al mar.

—Vete por última vez, amigo y compañero de penas y trabajos. De ti me valí para ganarme simpatías y cariño; de ti, pobre diablo al que hice víctima de mi vanidad; a ti, a quien pasé mis defec-

tos, que supiste llevar con gracia, que te di parte de mi alma para que me comprendieras y para que tuvieras vida. Vete al mar, vuelve y entiérrate.

Diciendo esto lanzó al muñeco lejos, que se des- hizo en el aire cayendo al agua en piezas, y en la noche oscura y silenciosa se escuchó un lamento té- trico. Era la última exclamación del muñeco, su úl- timo hálito que se desprendía de él.

El ventrílocuo sintió como un desgajamiento in- terior y perdió el sentido.

Poco a poco se apagaron las estrellas.



LA ULTIMA NOTICIA

ANDRÉS Loyal y su madrastra discutían acaloradamente en el camarín.

El había terminado de trabajar en aquel momento, y la camiseta, empapada en sudor, se le pegaba fielmente al cuerpo. Andrés era todo un atleta, y la madrastra que lo había criado desde que era un niño enclenque y delicado, se asombraba al contemplar que aquel cuerpo bronceado por el sol de las playas se hubiese podido desarrollar tanto.

Solamente su cara de pómulos salientes y piel pálida conservaba la infantil apariencia que los años no pudieron reformar.

Pero así y todo no era el mismo; tal vez al ha-

cerse artista (de esos que sin ser grandes atraen al público por su temeridad), la vanidad endureció el corazón cubriéndole con la dura envoltura del orgullo, lo mismo que la musculatura había cubierto la flaqueza de los brazos.

La discusión era acalorada y definitiva. Ella había sospechado que algún día tenía que ocurrir, y aunque se sabía la fracasada, discutía sus derechos, casi de madre, que él no admitía.

Andrés tenía sólo veintidós años, pero se sentía lo suficientemente razonable como para vivir solo, sin admitir siquiera la presencia de quien pudiera aconsejarlo.

Se empeñaba en dejarla en aquella ciudad, sin familiares y con escasos amigos, sin más compañía en aquel viejo piso que acababa de serle traspasado, que la del gato y un montón de fotografías antiguas de cuando su padre trabajaba.

¿No le prometía mandarle todos los meses lo suficiente para que no se tuviera que preocupar? ¿Qué más quería? ¡Ah!, todas las mujeres eran iguales; nunca tienen bastante, pensaba él, mientras la madrastra, deshecha en llanto, trataba de convencerle de la obsesión que tenía de quedarse solo.

—Pero, Andrés, ¿cómo eres capaz de pensar eso así? Yo que te tuve en mis brazos desde que tenías tres años y te he querido siempre como se te debía querer... Ayudé a tu padre en lo que pude, y no era artista y me daban miedo esas cosas de circo; pero tenía un poquito de voz y cantaba para ayudarle, y él me enseñó a recitar monólogos en cómi-

co; ¡fíjate la gracia que tendría yo! Pero había que comer, y juntos los dos hemos ido por esos teatrillos de feria ganando lo suficiente para los tres, y ahora, Andrés, me quieres dejar sola; ahora que soy vieja y no me queda más familia que tú. Si pudieran decir que yo te molesto o te pido demasiado... Trato de ayudarte en lo que puedo y más haría si me fuera posible.

Los sollozos no la dejaban terminar. El no parecía hacer mucho caso a las palabras de ella y se iba desvistiendo con la cara contraída por lo desagradable que le resultaba recordar ciertas cosas. Ella continuó:

—Y tu padre me decía siempre: «No le abandones, Isabel, y métele en la cabeza que ensaye, que con ese número que le he indicado va a ganar mucho dinero, y después id los dos juntos para que no le falten los buenos consejos, que yo sé que tú eres su madre y él lo sabe también.» Y ahora me quieres dejar sola aquí. Fíjate qué equivocado estaba.

—Ya está, Isabel; no llore más que, con el llanto, no va a solucionar nada. Lo pensaré de nuevo y ahora váyase a casa. Yo me voy con unos amigos y volveré tarde.

—O no vuelves, ¿verdad?

—Aunque no vuelva soy demasiado hombre para estar en la calle toda la noche, y antes de irme por ahí tengo que hablar con ese agente extranjero. Parece que le he gustado y, si puedo conseguir

algo bueno, me voy de aquí. que esto no da para más.

Sola como se había sentido desde que su esposo «se fué», salió del camarín y atravesó las calles llenas de gente que salían de los teatros. Todo le parecía triste y desolado esa noche.

En la esquina, antes de llegar al bar donde su Andrés la solía llevar a tomar el aperitivo cuando todo le salía bien, había un cartel anunciando la compañía de circo en el teatro, y una fotografía de su hijo. En la fotografía estaba más joven y más guapo, no tenía las mandíbulas tan anchas y los colores bermejos iluminaban sus mejillas. Se paró largo rato a contemplarlo. Estaba vestido de malla negra, con un antifaz sobre los ojos. Llevaba un sombrero de ancha ala y en el extremo derecho colgaba una pluma verde hasta el hombro. Ella misma había puesto las lentejuelas en el cinturón dorado y había teñido la camiseta porque no la encontraba negra. «El enmascarado suicida», «La bala humana», y no sabía cuántas cosas más le decían al anunciarlo, antes de lanzarse desde la plataforma, de toda altura, al espacio en un salto espeluznante girando con pirueta en el aire al tiempo que se arrancaba el antifaz, quedando balanceándose su cabeza a unos centímetros del suelo, mientras unas cuerdas estrechas que habían sido encadenadas sujetábanlo por los tobillos, sorprendiendo al público, e impedían que el cuerpo se fuera a estrellar contra la pista.

La gente chillaba horrorizada y respiraba fuerte-

mente cuando lo veían sonreír y engatillarse por las piernas para deshacer el nudo.

Rompían la tirantez del pecho con una ovación, y la orquesta hacía sonar estruendosa el metal de sus instrumentos.

¡Qué frágil y valiente se veía con la sonrisa ancha iluminando su cara pequeña! ¡Si el padre pudiera verlo ahora!...

Isabel le sonrió porque él le estaba sonriendo bajo el antifaz.

Isabel marchó a su casa triste y cabizbaja. Ya en ella abrió el baúl grande, traído de la Argentina por su cuñado como regalo de boda, y de allí empezó a sacar objetos inservibles, pero tan apreciados por el recuerdo y el sentimiento oculto, que cada prenda deshilachada, oliendo a naftalina, la apretaba contra su corazón.

En el fondo de todo estaba la caja de cigarros puros donde guardaba los retratos, ya amarillentos, con aquellos trajes antiguos que tanta risa le causaban a Andrés cada vez que los veía y tantas lágrimas y suspiros a ella.

Su Andresito cuando tenía ocho años, vestido de charlot, a quien imitaba tan bien.

Recordaba que ella lo peinaba dejando siempre el mechón negro como escapado del sombrero de copa, que le quedaba grande. ¡Cómo sabía mover su bigotillo exageradamente negro y aquellos ojos pintados como el carbón...! De pequeño era muy cómico; después, a medida que iba creciendo, se volvió serio y de mal carácter.

... Y aquella otra foto vestido de torero, con la larga coleta, fué en aquel tiempo que su padre, no rindiendo más como artista de circo, se dedicó a dar «charlotadas» por plazas de toros con otros compañeros. Su Andresillo hacía de torero entonces y sólo contaba once años; estaba tan delgadito que las dos piernas, enfundadas en la malla rosa, parecían dos brazos de muñeca y causaba risa verlo volar por el aire cuando se lo tiraban unos a otros simulando una cornada.

Las fotos de su marido no quería ni miraras. ¡Era tan penoso...! ¡Cuánto había trabajado por ella y por su hijo! Ya no quedaba nada que él no hubiese probado, hasta cómico de zarzuela había hecho. Todavía conservaba el chaleco que había usado cuando hizo por primera vez Don Juan Tenorio en cómico. Los grandes artistas de la época lo llamaban «el payaso de los pobres», pero ellos también se reían con él.

Hablaba mal porque no le habían enseñado a hablar mejor; pero tenía tanta gracia que, cuando decía «aiga», parecía que lo decía mal para hacer reír más.

Hasta cuando murió, la gente reía en su entierro recordando su última gracia.

Su Andresito tenía que haber sido cómico como él; pero un día todo su carácter cambió y de pronto se convirtió en un muchacho triste y pesimista, asombrándose él mismo de que antes hubiese hecho reír a los demás.

La madrastra sacó una cuerda vieja y rota del

baúl, de cuando su Andrés empezó a ensayar aquello de lanzarse desde la altura con una cadena de cuerda de cáñamo que se iba deshaciendo en el aire.

Un día que lo probaba un poco más alto, en un corral donde su padre lo hacía ensayar y había colocado dos palos bastante largos, la cuerda se rompió y Andrés fué a caer sentado encima del bombo que usaban para las charlotadas. Sólo se fracturó unas costillas, pero días después estaba ensayando otra vez.

Ella, su madrastra, guardaba la cuerda rota tratándola con sarcasmo porque con ella su hijo había burlado la muerte.

Una a una volvió a guardar las cosas que había sacado, recordando de nuevo y suspirando.

Andrés volvió al día siguiente, pasado las doce.

—Isabel, tengo que darle una noticia —exclamó Andrés al entrar, sin anteriores palabras de saludo.

Ella, que preparaba la comida, lo miró, notando que se le secaba la garganta.

—Anoche estuve hasta las cuatro de la mañana hablando en el café con ese representante. Me quiere llevar a París este invierno y después hacer el resto de la temporada en Inglaterra, y muchas cosas más que irá arreglando poco a poco. Todo con un buen sueldo, lo suficiente como para vivir como un gran personaje, mandarle a usted lo que necesite y guardar algo. ¿Qué le parece?

—Está bien, es todo lo que te mereces, lo que tu padre había deseado de ti. Lo que no me sigue gustando es la idea de ir solo.

—No se preocupe, que compañía no me faltará.

—No, si lo sé, pero no precisamente la compañía que te hace falta y debes de guardar, Andrés. Tú no sabes lo largos que se hacen los años cuando no se trabaja, cuántas necesidades aparecen que nunca se había pensado en ellas.

—No lo crea, que guardaré lo posible, si es eso lo que quiere decir; y lo de ir solo, de todas maneras es tarde ya, porque así lo he declarado por los viajes y demás, y habría de cambiar papeles de querer llevar otra persona conmigo.

—Pero tú sabías que era lo que yo deseaba; ya hablamos de ello anoche. Lo has hecho con intención bien estudiada. Nunca lo hubiese pensado de ti, ni «él» tampoco.

Un mes más tarde, después de terminar el contrato del teatro, Andrés salió para París.

La soledad y la tristeza en que quedó sumida la pobre mujer no se pueden describir.

Se pasaba los días sentada ante la ventana abierta, con la mirada perdida en la calle. Constantemente esperaba noticias, pero tras la primera carta pasó un lapso de tiempo largo, y tras la segunda, más largo todavía, hasta que la correspondencia se extinguió del todo. Lo mismo ocurrió con los giros: el paréntesis que los separaba era más largo a medida que avanzaba el tiempo. Isabel temía el fin, como el de la correspondencia, y no quería pensar, porque era fatal para ella.

Casi sin darse cuenta, empujada por un instinto propio, comenzó a salir más a menudo, visitando

las pocas amistades que tenía, tratando de cultivarlas por si pronto tenía que necesitar un poco, al menos de influencia.

Mientras tanto, Andrés, convertido en un artista de renombre, más consentido de su valía, dilapidaba el dinero en juergas con amigos, no desperdiciando ni un minuto fuera de su trabajo y de unas horas de sueño, para divertirse formando fiestas en cualquier sitio y con cualquier clase de gente.

Vestía como un millonario y pagaba el sueldo de muchos días en una joya que después regalaba espléndidamente.

Su cabeza joven, aturdida por el calor del público y los malos consejos de sus compañeros, que abusaban de su generosidad, se entumecía en aquel torbellino de placeres, al que jamás antes había podido aspirar y que tan fácilmente había llegado a sus manos.

Aprendió a beber y fumar, gustaba de mujeres, las cuales fueron transformando sus sentidos y dejando en su corazón huellas de desconfianza y falsedad.

Como su madrastra perdiera la conexión con él del todo, no pudiendo escribirle, la olvidó por completo, y dos años más tarde, después de abandonar su país, ya muy distante, perdió toda comunicación con ella abandonándola totalmente.

La amistad que había fortalecido con visitas no le sirvió de mucho, pero le facilitaron un poco el camino para varias clases de empleo donde ganara lo justo para comer, que no era mucho.

Vendió lotería, fregó platos, lavó para fondas; pero la vida se había modernizado tanto que ya sólo querían gente joven y enérgica, y su aspecto era tan cansado y lacrimoso que, suponiendo que no rendiría mucho, nadie quería admitirla.

Al pasar una semana de inactividad por falta de empleo, la miseria se apoyó en su pisito viejo obligándola a lanzarse a la calle en busca de lo que fuera.

Lo consiguió. No era mucho, pero lo suficiente, con la ventaja de no tener que trabajar más que de noche, un poco tarde, desde luego. Desde las diez a la una, a la salida de los espectáculos, quienes podían comprar el periódico de la mañana y saber antes que nadie las últimas noticias.

No le desagradaba el empleo.

Era un puestecito del cual se ocupaba un hombre durante el día; eso sí, tendría que chillar un poco para llamar la atención a la salida de los cines y teatros que estaban enfrente. Había cantado de joven y su voz conservaba el chillido clásico de las cupletistas viejas. Tenía sus ventajas, podía estar sentada y las noches de frío liarse una manta a los pies. Además de leer el periódico gratis y enterarse de lo que pasaba por el mundo.

Muchos artistas que la conocían y sabían de su abandono se paraban a preguntar por su vida y qué era de Andrés, y ella, que no quería hacer culpable al muchacho de la pobreza en que se veía sumida ni de la falta de noticias, contestaba dando detalles

de su vida, temiendo a veces equivocarse al decir sitio donde se encontraba.

Los demás sospechaban lo que estaba ocurriendo.

A la una de la noche, en una ciudad de Alemania, un artista de renombre, terminaba su arriesgado ejercicio lanzándose al espacio de una altura considerable para luego malgastar su dinero y salud en diversiones alocadas. Y muy lejos, en otra parte de Europa, una mujer, aproximadamente a la misma hora, lanza al aire su voz aguda proclamando destacadamente las últimas noticias de la noche.

Ella también las leía. Repasaba el papel porque solían venir noticias de circo en el extranjero, pero nunca nada de su Andrés, y él sin escribir.

Su único consuelo era todas las noches al regresar a casa repasar las fotografías del joven cuando era niño, manteniendo el deber de la obediencia impuesto por su padre. ¡Qué bueno era entonces...!

... Y llegaba el tercer invierno desde que él se marchara.

Hacía frío, la estación fué cruda e Isabel se helaba en su puesto de periódicos.

Alguien le dijo que su Andrés estaba en Sudamérica y que pensaba volver a su tierra en la primavera.

El gozo de la mujer no tuvo límites y esa noche cantó cuando recalentaba el café al volver a casa.

Una noche, acababa de llegar al puesto, el dueño la esperaba, enfadado tal vez por unos minutos de retraso que había tenido.

—Lo siento mucho —dijo ella al llegar—. Volví a tener el dolor en los riñones y mientras me liaba una bufanda caliente se me hizo tarde. No volverá a suceder.

El hombre la miró profundamente. Parecía pensativo.

—No importa, señora Isabel; si cree que no se siente bien, váyase a casa y se acuesta, y mañana también; un par de días de descanso no le vendrán mal y yo pondré un sobrino en el puesto mientras tanto.

Ella no aceptó. Acababa de recibir la última edición de la noche con las noticias recientes y estaba desempaquetado por el dueño. Ella empezó a colocarlos en su sitio.

—Cualquiera me hace a mí estar en casa teniendo que hacer —murmuraba ella mientras tanto.

El no la dejaba de mirar pensativamente, y la mujer se sentó, arropándose las piernas.

A las doce podía empezar con la edición nueva, poco antes de la salida de los teatros. Cogió un periódico y lo repasó.

¡Qué noticias más grandes! A un grupo de pescadores les había tocado el segundo premio de la lotería. Qué alegría tendrían los muchachos. Y la artista de cine esa tan conocida que lleva siempre flequillo porque dicen que tiene la frente fea, ha tenido un niño, el primero de su primer matrimonio. También era una suerte. Leía en voz alta. El dueño seguía allí en pie ante ella.

«Suecia, 28. En el circo (cómo iba a poder pro-

nunciar aquel nombre tan raro...; además, el nombre del circo era lo menos importante) ha habido un gran accidente cuando una cuerda se rompió al dar el salto suicida el famoso artista Andrés Loyal. Se teme que la caída haya sido mortal. El público se...»

El periódico tembló en las manos de Isabel. Abrió la boca para decir algo, pero no pudo. Sus ojos estaban clavados allí, en la última noticia que le hablaba de su hijo.

El dueño le puso la mano en el hombro.

—¿Por qué no se va a casa?

Se movieron los ojos inmóviles, pero no pudo pronunciar palabra.

—Ande, Isabel.

Al fin se despegaron sus labios.

—No podría, es mejor estar aquí. Cumpliré con mi obligación.

Sus manos estrujaron el papel.

Miró la calle. Comenzaba a llover. Una lluvia fría y monótona. Cuando vio la primera pareja salir del cine trató de llamar la atención.

—¡La artista Bety O'Nelly ha tenido un hijo!
Vea fotografías.

Las primeras parejas siguieron de largo. Hacía demasiado frío para pararse a comprar el periódico.

—¡Un grupo de pescadores ganan el segundo premio de la lotería! Vean historia y fotografías. Cambia la suerte para unos infelices pescadores.

La cuestión era apartarse de aquello, no pensar. Las lágrimas empezaron a temblar en sus mejillas.

llas y la voz se enronqueció. Sintió dolor en el pecho.

— ¡Un famoso artista compatriota nuestro se mata en Suecia! Posiblemente lo conozca usted.

El público, que salía en abundancia ahora, se paraba ante el puesto.

Vendió los periódicos a prisa, oyendo las mismas exclamaciones:

— ¡Qué pena de muchacho! ¿Recuerdas ahora quién es?

— ¿Quién hubiese dicho que se habría de matar tan joven!

— ... y tan lejos de su tierra.

— Pero..., ¿de verdad se ha matado un artista de circo?

— Déme un periódico.

— ¿Tiene fotos el suceso?

— La última noticia...

Y la voz vibraba chillona rompiendo la serenidad del aire mojado.

Cada papel que entregaba iba manchado de lágrimas.

— ¡La última noticia...!

— Se acabó el papel... ¡Pobre hijo mío!



SANGRE DE CIRCO

AL llegar la primavera pasada a Sarasota para comenzar los ensayos en el campamento del Circo Ringling Brothers, lo primero que pensé fué que tenía alguien a quien visitar en los establos.

Se trataba de «Champagne», el caballo que me dieron para hacer mi introducción en la pista en 1953, en el *ballet* aéreoindio en el que representaba a la princesa Monehaha.

Tan pronto como pude me dirigí a los enormes establos sobre los que caía pesadamente el sol tropical de la Florida. Parada en el medio del patio, me pregunté indecisa cuál sería «Champagne» entre todos aquellos caballos que mostraban las grupas. Todos parecían iguales porque abundaban los de castaño rojizo, pero sin desalentarme me dirigí

al grupo más parecido y pronuncié su nombre en voz alta.

Se levantó una cabeza y se irguieron dos orejas. Uno de los caballos dejó de masticar como para oír mejor la llamada que yo repitiera, y cuando volvió la cabeza vi que le brillaban los ojos como si se alegrara de ver algún conocido.

Convencida de haberlo encontrado me acerqué diciéndole:

— ¡«Champagne», mi niño bonito!

También «Champagne» me había reconocido y, con un relincho, saltó de gozo, dando la vuelta por venir a mí.

Con la alegría de un niño se comió el azúcar que le llevaba y que le ofrecí en la palma de la mano.

El doctor Handerson, veterinario del circo, se acercó, extrañado de aquel reconocimiento después de un año de ausencia.

«Champagne» y yo sólo nos veíamos en la temporada anterior, durante cinco minutos, dos veces al día antes de mi número; pero nunca me le acerqué sin llevarle alguna golosina para su paladar: zanahorias, azúcar o pan.

Algunos días mi esposo tenía que recorrer más de una milla para poderle conseguir zanahorias a nuestro caballo, pues nos desvivíamos por mimarlo como si fuese un niño. Así, cuando nos sentía entrar volvía la cabeza, presintiendo más que viendo nuestra aproximación.

Tan pronto como oía nuestra música estiraba las

orejas y se quedaba más atento que yo misma, esperando el momento de nuestra entrada.

Desde hacía mucho tiempo «Champagne» tenía dañado un tobillo, pero al salir disimulaba su cojera ante el público, como un viejo artista que esconde sus defectos, cual si se sintiera responsable de lo que tenía que hacer.

El doctor Handerson me contó que en sus tiempos había sido un gran caballo, que había tomado parte en un número de «Caballos de la Libertad», pero que al hacerse crónico el mal de la pata tuvo que dejársele en Sarasota.

Cuando le conocí tenía veintidós años y una bonita estampa coronada con una cabeza alta y delgada, donde una franja blanca, larga hasta la frente, parecía separarle las dos orejas.

En cuanto escuchaba la música, sus patas esbeltas marcaban el paso con elegancia y su andar adquiría majestad principesca.

Todo esto hizo que mi memoria se remontara a algunos años atrás.

Cuando aún yo era pequeña mi padre compró un burro enano para enseñarlo a trabajar en el circo.

El borrico era la delicia de los niños. Los chicos le preguntaban la edad y el burro daba tres golpes en el suelo. Después le pedían que señalara a la chica más bonita y él se dirigía a cualquiera que mi padre le señalara con un gesto, y parándose ante ella la tocaba con la cabeza. Con éstas y otras muchas gracias se hacía adorar del público.

Le pusimos el nombre de «Séneca», y todos en la casa lo llegamos a querer como algo familiar. Comía de lo nuestro y lo peinábamos y él estaba la mar de contento al ser tratado como un perrito pequinés.

Algo, sin embargo, le ocurrió a nuestro «Séneca» que nos llenó a todos de pena. Un día, al salir del circo y sin que nadie lo viese, comió de unas hierbas venenosas que le causaron ceguera. Se probó de cuanto había y lo atendieron todos los veterinarios de la localidad, pero nadie pudo curar a nuestro burrito sabio.

Mi padre, que no quiso cargar con él al no ser apto para trabajar en el circo, lo vendió a un hortelano.

Lloramos, suplicamos, pero nada conseguimos y el circo abandonó la ciudad para seguir al interior de la isla.

Al cabo de diez meses regresamos a la ciudad a finales de temporada y volvimos a montar el circo para unas funciones antes de partir. Mi padre decidió entonces llevarnos por última vez a ver nuestro burrito.

El corazón se me partió en pedazos al verlo atado por la cabeza a un palo transversal dando vueltas a una noria. Había enflaquecido tanto que se le podían contar las costillas.

Mi padre lo llamó en voz alta y el burro se paró en seco, levantando sus grandes orejas pardas y volvió la cabeza hacia nosotros.

—«Séneca», ¿cuántos años tienes? —preguntó mi padre.

Al repetirle la pregunta en el mismo tono que empleaba cuando lo hacía trabajar en el circo, «Séneca» levantó su pata derecha delantera y dió tres golpes en el suelo.

A mi padre le corrían las lágrimas, y yo, corriendo hacia «Séneca», me abracé a su cuello diciéndole frases cariñosas.

Mi padre me compró de nuevo a «Séneca» pagando el doble del precio en que lo había vendido, y nuestro burrito ciego terminó sus días rodando en el circo con nosotros.

Dicen que los animales no tienen alma, pero si es que tienen sentimientos parecidos a los humanos, los de estos dos indudablemente eran de artistas.

INDICE

	<u>Páginas</u>
A manera de prólogo	7
Historia del circo más grande del mundo a largos rasgos	11
El payasito	15
Historia de un camello	19
¡Esa música!	23
El hombre cañón	45
El circo fantasma	61
En Lisboa	79
El muñeco con alma	103
La última noticia	123
Sangre de circo	137



Precio 45 pesetas